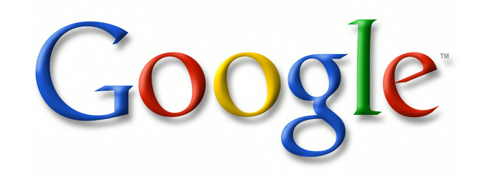


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

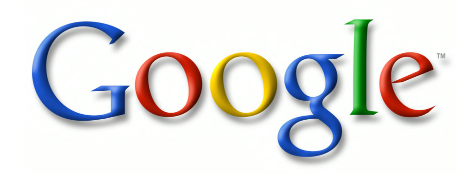
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5867.2.31

Harvard College Library



FROM THE BEQUEST OF

THOMAS WREN WARD

TREASURER OF HARVARD COLLEGE
1830–1842



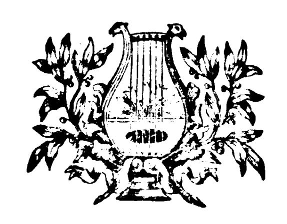
Span 5867.2.31

JUAN PALÓU Y COLL

Don Pedro del Puñalet

DRAMA

ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO



C. 2. 57 P1.

Al Sr. D. José Otero
Cariñoso recuerdo y un abrazo de su amigo

Juan [illegible] y Coll

DON PEDRO DEL PUÑALET

DON PEDRO DEL PUÑALET

DRAMA

ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

JUAN PALÓU Y COLL

Estrenado en el TEATRO PRINCIPAL de Palma la noche del 31 de Diciembre de 1900 aniversario de la Conquista de Mallorca por D. Jaime I de Aragón.

PALMA DE MALLORCA

TIPO-LITOGRAFÍA DE AMENGUAL Y MUNTANER

1901

Span 5867.2.31

Harvard College Library
Aug. 2, 1920
Ward Fund

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y sin su permiso nadie podrá reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada «El Teatro», son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Al Excmo. Ayuntamiento de Palma de Mallorca

A la iniciativa vigorosa, de que tan señaladas y repetidas pruebas está V. E. dando á la capital de las Baleares, ha surgido del silencio mortal á que parecía predestinado, este drama, vieja excursión mía á la historia de nuestra madre patria; y á vuestra cariñosa solicitud débese su estreno que cerró nuestro teatro del siglo XIX y abrió el del siglo XX.

Acaba V. E. de honrar mi nombre con el título más glorioso á que he podido aspirar: sírvase acabar de enaltecer mi obra, aceptando esta dedicatoria, tributo tan modesto como ferviente de mi reconocimiento.

Juan Palóu y Coll

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA DE CABRERA	D.ª CARMEN COBEÑA.
BEATRIZ *(su nodriza)*	» ANTONIA COLOM.
D. PEDRO IV DE ARAGÓN *(llamado el Ceremonioso y también del Puñalet)* . .	D. AGAPITO CUEVAS.
ARNALDO DE SANTACILIA. . . .	» ADRIÁN MARTÍ.
NICOLÁS DE MARÍ *(nombre supuesto de Gastón de Cabrera, hermano de Margarita)*	» ANTONIO TORNER.
RAMÓN SICART *(secretario del rey Don Pedro)*	» SAMUEL AGUADO.
DON BLASCO DE ALAGÓN	» FÉLIX RANDO.
DON PEDRO DE JÉRICA.	» JOSÉ RAUSELL.
GUILLÉN *(marido de Beatriz, escudero de la casa de Cabrera)*.	» JUAN COLOM.
JIMENO GALIANA *(patrón de galera)*. .	» JOSÉ ALONSO.
LUCAS *(pescador)*	» RAFAEL COBEÑA.
PABLO *(pescador)*	» MANUEL DOMÍNGUEZ.

Un Alcaide, cortesanos, guerreros, pescadores.

La acción pasa en la isla de Mallorca; empieza á las once de la noche del día 22 de Junio de 1343 y acaba á la mañana siguiente.

Las acotaciones están tomadas del lado del actor, lo mismo que la descripción del escenario y decorado.

D. Fausto Morell y Bellet, correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes, pintó los modelos para la indumentaria de los personages principales de este drama. Los restantes figurines, y los bocetos de las tres decoraciones cuyos fotograbados se ven en los lugares correspondientes, fueron obsequio de D. Benito Pons y Fábregues, de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

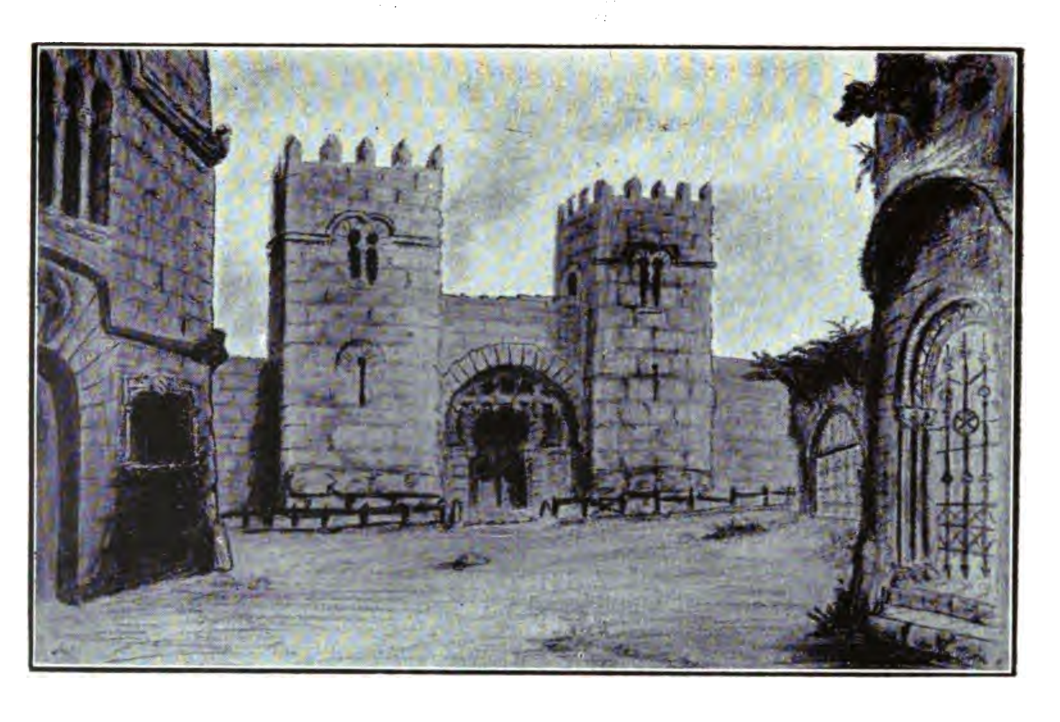
La decoración del primer acto fué pintada por el escenógrafo D. Pedro Lloréns á expensas de la Excma. Diputación Provincial. Las del segundo y tercero fueron costeadas por el Excmo. Ayuntamiento de Palma, que encargó la una á D. José Antonio del Hoyo, y al Director de la Escuela de Bellas Artes D. Ricardo Anckermann la última. El empresario D. Bernardo Manera adquirió de la Corporación Popular estos dos decorados.

La marcha del primer acto, escena 5.ª, ha sido arreglada por D. Antonio Noguera sobre la colección de aires populares mallorquines que posee.

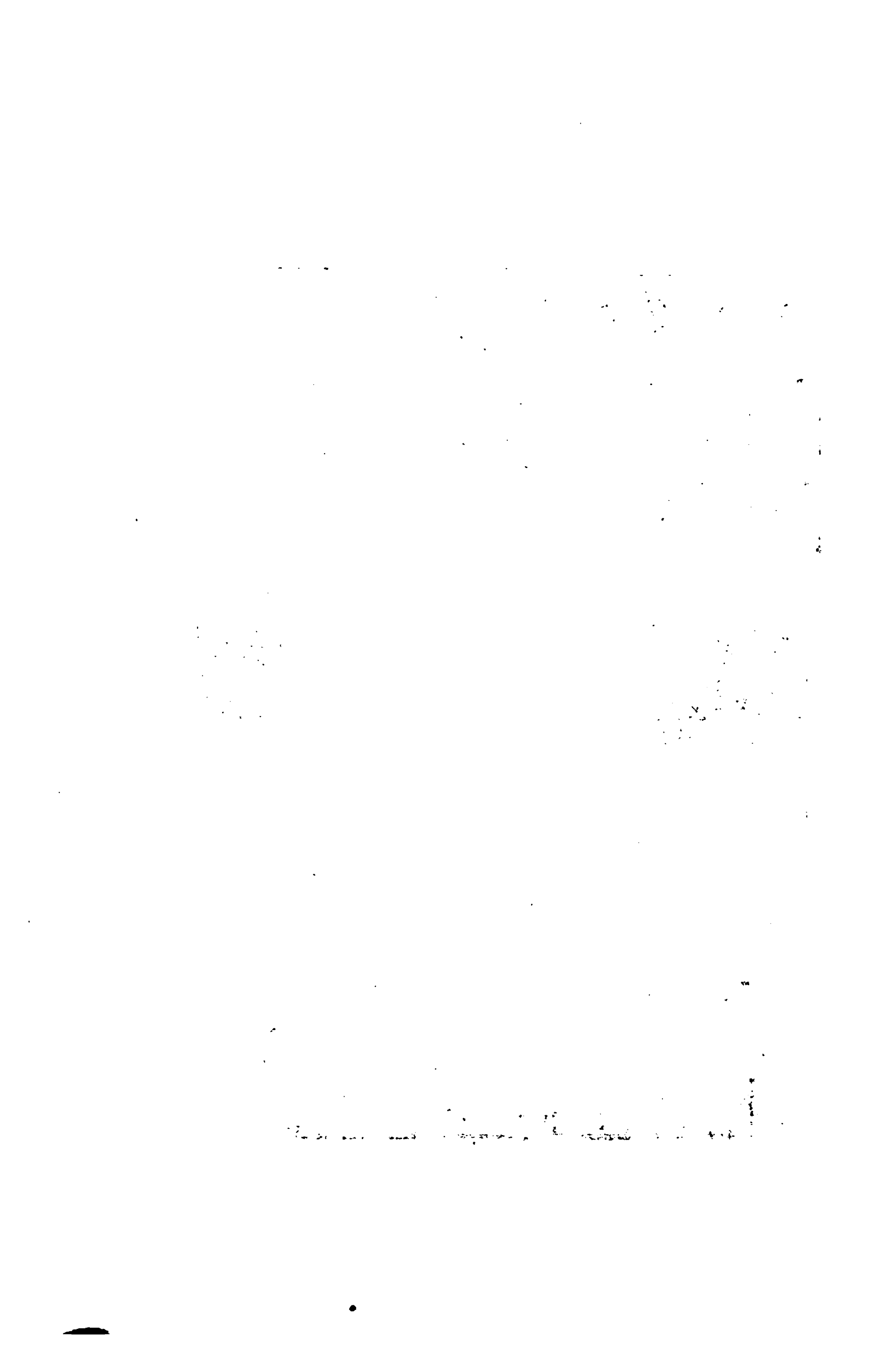
Reciban dichas corporaciones y dichos señores, amigos míos, la expresión de mi gratitud.

Juan Palóu y Coll

ACTO PRIMERO



Decoración del acto primero pintada por D. Pedro Lloréns para el estreno de la obra.



ACTO PRIMERO

Plazuela del Temple en Palma de Mallorca. En el foro una fortaleza almenada, de tres cuerpos: el del centro, que es el más bajo, da entrada á la fortaleza por una puerta de todo el arco que sostiene el trozo de murallón del cuerpo de edificio, y en cuya puerta se ven dobles aldabas, dos de ellas enormes y á mayor altura para llamar montado: los otros cuerpos son dos torreones de base cuadrada, y á derecha y á izquierda de la fortaleza se corre un murallón á la altura del central. A la derecha una calle abierta entre el murallón y la esquina de una casa vieja, solariega, que ocupa todo el lado derecho, con puerta de entrada y encima una ventana grande, estilo árabe, partida por dos columnitas que forman tres arcos de herradura. A la izquierda otra calle abierta entre el murallón y la esquina de un oratorio ó capilla que ocupa el lado izquierdo, cerrada con rejas, y colgada en el exterior una lámpara que alumbra escasamente el retablo y la escena: en el altar macetas; y ramos de mirto, flores de retama, etc. en el suelo.

Sobre uno de los torreones ondea el pendón real de Aragón, y el almenado y los marcos de la puerta de la fortaleza y de la capilla están bordados de luminarias que se van apagando y contrastan al principio con el aspecto triste de la casa solariega.

Los edificios de los lados, ó sea, capilla y casa, formarán ángulos en el foro que irán abriéndose hacia el proscenio á fin de que el espectador pueda verlos en su mayor parte.

ESCENA I

BEATRIZ Y GUILLÉN *Este se asoma por la puerta de la casa, examina la escena y se adelanta seguido de Beatriz.*

BEAT. Vuelve pronto, esposo mío.
GUILL. Bien: nadie transita ya.
BEAT. *Señala al foro:*
¡Que miedo y temblor me da
ese edificio sombrío,
templo y cárcel maldecida
que tantas víctimas guarda
y donde á Gastón aguarda
el término de su vida.
GUILL. Nos vencieron...
BEAT. *Escuchando á la puerta de la casa:*
¿Ha llamado
su hermana?
GUILL. No.
BEAT. La infeliz
no sosiega.
GUILL. Entra, Beatriz,
cierra y vuélvete á su lado.
No es probable, aunque lo note;
mas no será maravilla
que aun pase alguna cuadrilla
y nuestro barrio alborote.
Sin prever que á la crueldad
del nuevo rey se encadena,
la Universidad ordena
que arda en fiestas la ciudad.
Y tanto el pregón se acata
y al usurpador atienden,
que luminarias le encienden...
Por las del foro:
hasta los presos que mata.
¡Cuerpo de tal!... á merced
la grey mallorquina acoje

que del reino la despoje
Don Pedro del Puñalet.
Con severidad:
—¿Y á presenciar habéis ido
su coronación?

BEAT. Ten calma.
Sí: con manto.

GUILL. A hallarme en Palma
yo la hubiera disuadido.

BEAT. Harás, Guillén, que te riña
por criticón indiscreto.

GUILL. Nunca olvidaré el respeto
que debemos... á esa niña.
—Cuando en fortuna y nobleza
en Zaragoza brillaba
su casa, que hasta eclipsaba
á la más alta grandeza
de Aragón, en ella entré
de escudero, crecer vi
á Margarita, y allí
honra y provecho alcancé.
Hoy la suerte le hace ultrage
y es justo que baje, infiero,
á criado el escudero
y á esclavo si importa baje.
Mas...

BEAT. *Vuelve á señalar al foro:*
A obtener por su hermano
el perdón que solicita,
iba á echarse Margarita
á los pies del soberano,
y apenas la desdichada
en él ha reconocido
á... aquel rapaz, ha caído
en mis brazos desmayada.

GUILL. ¿Le conocisteis? ¡Celebro
que fuerais! Ya en adelante
no dudaréis que el amante
que la enamoró en el Ebro,
con falso nombre, es la fiera
que alzó, por un crimen falso,
en Zaragoza un cadalso

á Bernardo de Cabrera,
al padre de ella, honra y prez
de la aragonesa tierra,
consejo en la paz, y en guerra
consejo y brazo á la vez.

BEAT. ¡Oh! me horripila el pensar
si halla á Margarita ahora
él que la busca y la adora,
y á quien ella...

GUILL. ¡Debe odiar!

BEAT. *Después de un gesto muy pronunciado, como lastimándose:*

Anda á ver si nos auxilia,
supuesto que ha fracasado
nuestro plan... ese privado,
Arnaldo de Santacilia.
A su ilustre condición
y al valor de su persona
debe el reino y la corona
de Mallorca el de Aragón.
Y si él se empeña...

GUILL. No temo
que se niegue... Pero...

BEAT. Cesa;
que harto á Margarita pesa
recurrir hoy á ese extremo.
Mas con tal premura avanza
el peligro que, á mi ver,
Santacilia viene á ser
nuestra postrera esperanza.
Búscale y dile do quiera
que esté, que venga al instante,
que Margarita anhelante
á la ventana le espera.
—El patrón ¿ha regresado?

GUILL. Conmigo.

BEAT. ¿Qué te propones?...

GUILL. Por si he de darle instrucciones
esta noche, se ha quedado
ahí detrás.

BEAT. Llámale pues.

GUILL. ¿Para qué?

BEAT. Para alentarnos;
que me amilana quedarnos
solas mientras tú no estés.

GUILL. *Sube á la calle, izquierda, y da con timidez un silbo:*
Ya sale.—Soy yo, Jimeno.
—Dile en tanto lo que pasa.

ESCENA II

DICHOS.—JIMENO

JIM. ¿Qué hay?

GUILL. Vuelvo al punto: en casa
hazlas compañía.

JIM. Bueno.

GUILL. *Da unos pasos, vuelve y dice con enfado á Beatriz:*
Y oye, que es de gravedad:
Cuando al salir has nombrado
á nuestro amo, le has llamado
Gastón...

JIM. ¡Forte!

BEAT. Es la verdad.

GUILL. Y sabes...

JIM. ¡Duro el reproche!

GUILL. Cuanto evitar nos conviene
que su nombre en Palma suene;
y más que nunca esta noche.
Nada de Cabrera aquí
ni de Gastón: considera
que el amo Gastón Cabrera,
preso... es Nicolás Marí.
A los dos:
¿Estamos? El Rey quizás,
si Santacilia interpone
su influjo, á Marí perdone,
pero á Cabrera jamás.
Vase por la calle de la derecha.

ESCENA III

BEATRIZ y JIMENO

JIM. ¿Santacilia?...
BEAT. No te asombre:
de él ya todo lo esperamos.
JIM. *Con el índice en la frente:*
Esta opina que no vamos
á rumbo. ¿Esperar de ese hombre...
del jefe de la nobleza
mallorquina que abandona
á Don Jaime, y hoy corona
á Don Pedro?
BEAT. Tu extrañeza,
que es natural, cesará
si te explico...
JIM. ¿Interceder
por el preso el que anteayer
le prendió? Ya sé que está
perdido por Margarita
desde que vinisteis...
BEAT. Cierto.
JIM. Mas como ella, á lo que advierto,
no le ama y eso le irrita,
no me fío de su insana
pasión... ¡Castigo de Dios!
BEAT. ¡Silencio! Es ella.

ESCENA IV

BEATRIZ, JIMENO y MARGARITA

MARG. ¿Sois vos,
patrón?
JIM. Jimeno Galiana.
Va á descubrirse, Margarita le contiene afectuosamente, y luego dice á Beatriz, con sequedad:
MARG. ¿Guillén?...

BEAT. Fué donde le envías.
—¿Porqué has bajado?...
MARG. ¿Porqué?
Me impacientaba y bajé...
viendo que tú no subías.
A Jimeno otra vez con afabilidad:
—Guillén, descontentadizo,
esta mañana fué á ver
la galera por saber
donde ir á hallarla.
JIM. Bien hizo.
Yo le acompañé, y resulta
que ya conoce la vía
mas corta que al sitio guía
donde la nave se oculta
y los embates resiste.
MARG. Dadme noticia...
JIM. ¡Corriente!
En la costa de Poniente,
al pié de Bellver existe
una ruinosa cabaña
como colgada al pinar,
y en un repliegue del mar
que cuando no azota baña
la roca que es su cimiento,
ancla el velero Maiviras
que burla al agua en sus iras
y afrenta en su curso al viento.
Sumiso allí le tenéis,
y experta gente lo monta,
como yo á llevaros pronta
al puerto que designéis.
MARG. ¡Gracias!—¿Como os satisfago?...
JIM. Dos meses há, con Marí
tengo una deuda, y así
—y aun no quedo á flote—pago.
Vida y honra me salvó,
y al agradecerlo en lo hondo...
El corazón:
de éste... del fondo del fondo,
«—Si el del Puñal—me atajó—
nuestra justa causa humilla

y yo sucumbo, Galiana,
en tu galera á mi hermana
lleva á tierras de Castilla.
Así me pagas.»

MARG. ¿Partir
sin él? ¡Sin él nunca!

BEAT. ¡Vuelta!...

JIM. Ya se escape ó le den suelta
de Mallorca hemos de huir.

MARG. Id á bordo y...—¡Cuánto tarda
tu marido!

Ha empujado con familiaridad infantil á Jimeno y al ir éste á desaparecer por la calle de la izquierda, óyese una MÚSICA que se aproxima por la misma calle.

JIM. ¡Una cuadrilla!

MARG. *Contrariada:*
¡Ahora!

JIM. Solución sencilla.
¡Que voy á echarles!

BEAT. Aguarda.
Se detendrán con razón
si te ven ó armas reyerta.
Vente: saldrás por la puerta
del jardín, del callejón.

MARG. ¡Como contrasta!...

BEAT. Abreviad.

MARG. ¡Con la negra pena mía
esa estúpida alegría
que recorre la ciudad!

Entran, y aparece, tocando una marcha, una comparsa de pescadores precedidos de Lucas: se paran ante la capilla, se descubren, etc., etc.

ESCENA V

LUCAS, PABLO, PESCADORES Y MARGARITA *asomada á la ventana:*

LUC. ¡Alto!

Toma una borracha y señala la imagen de la capilla:

—¡Por vos... y por Pedro
el Ceremonioso!

Beben él, Pablo y los demás.

—Es fama
que, aún durmiendo, lleva siempre
un puñal, y aunque le agrada
la ceremonia, y sobre ella
garabatea ordenanzas,
si se amosca empuña el bronce...

PAB. Ceremonioso... en la cáscara.

LUC. Es su talismán: con él
al cinto todo lo alcanza.
Como si tuviera pacto
con Lucifer.—¡Y que estampa
de hombre! Si le hubieseis visto
bajo palio esta mañana...
¡Ni la Custodia!

PAB. ¡Hombre, Lucas!...

MARG. (Aun no se van.)

LUC. Me entusiasma...

PAB. ¿El mozo... ó su mosto?

LUC. ¡Quita!...

PAB. Si no hay corro ¿á qué te cansas?

LUC. Muy joven: veinte y tres años;
y en veinte y tres días se alza
rey nuestro.

Con cómica ponderación:

—¡Y nos quiere!...—Un noble
rancio perdió su privanza,
y había sido ayo suyo,
sólo porque le negaba
su señorío á las islas,
y eso pudría al monarca.
Dos veces le perdonó...
¡Es hombre así! Buena pasta.

PAB. Para pasto de ratones.

LUC. *Con brusca reconvención, señalándose las pantorrillas.*
¡Muerde!

PAB. ¡Fondo!—Tu le tratas...

LUC. Mas supo después que el viejo
tenía secreta alianza
con la hermana y el cuñado

de acá, y... ¿Qué queréis que haga
todo un rey? Decapitaron
á mi hombre...

Marg. (¡Padre del alma!)

Pab. ¿Y es cierto que anda tristón
desde entonces?

Luc. Diré: anda
averiado, como quien
busca una cosa y no la halla.
Humor de brea.—No por
el viejo.—Lío de faldas.
—Hoy en la mesa ha prohibido
que se le hable... de desgracias,
y antes al Obispo que
por un tal Marí imploraba
«—Dejad en paz á los muertos—»
replicó con sal y gracia...

Pab. *Con sorna sarcástica.*
¡Que gracioso, hombre!

Marg. *Cierra la ventana.* (¡Ay, Gastón!)

Pab. ¿Conque ha prohibido?...

Luc. Me carga
que tú... Te engañas si piensas
que alabo porque me pagan.
—¡Desde hoy ya no habrá tributos!...

ESCENA VI

DICHOS.—GUILLÉN *por la derecha*

Guill. Pues ¡á roncar los... proclamas!

Luc. *Le mira con desfachatez, y dice, agrupando á los suyos:*
Un parcial del destronado.
Señala la casa:
Sin luminarias. Su casa.
Con chacota por Guillén y la casa, esforzando la voz:
La... lechuza se ha sorbido
el aceite... de esa lámpara.

GUILL. ¡Fuera!
LUC. A palacio á tomar
órdenes para mañana.

Vanse por la derecha, tocando una marcha ó acompañando á uno que cante. Guillén baja hacia la casa de la cual salen aprisa Margarita y Beatriz.

ESCENA VII

GUILLÉN, MARGARITA Y BEATRIZ

MARG. ¿Le viste?
GUILL. Y viene al instante.
Me apestaba... hasta su nombre;
y hoy me va gustando ese hombre.
MARG. ¿Has notado en su semblante?...
GUILL. Que os servirá... porque os ama.
Pálido al saber la cita,
exclamó: «—¿Qué, Margarita
será verdad que me llama?
¿Habrá mi férvido anhelo
su ingrato desdén vencido?
¿O será que habrá sabido
lo que hago por ella?
MARG. ¡Cielo!
BEAT. Se te anticipó.
MARG. ¿Y que intenta?
GUILL. Grave empresa, se me antoja,
que es, dicen, cuando se arroja
mozo á quien nada amedrenta.
Además, todo lo sabe:
quien sois y cuanto intentamos;
el proyecto que llevamos
de escaparnos en la nave
de Jimeno...
BEAT. ¿Quién le dijo?...
GUILL. Y el amor del Rey. Gastón
esta tarde en su prisión
se lo contó...

MARG. *Escuchando:* ¿Es él?
GUILL. De fijo.

Entran en la casa. Arnaldo de Santacilia viene apresuradamente por la calle de la derecha y al llegar al pié de la ventana aparece en ella Margarita.

ESCENA VIII

MARGARITA Y ARNALDO DE SANTACILIA

SANT. ¿Sois vos?
MARG. ¡Gracias, Santacilia!
Y dispensadme que acuda
á vos del reino el más grande...
SANT. ¿Grandezas donde hay la suya!
—Yo no sé porqué al oiros
mi pensamiento se turba,
se abate el brío en mi pecho,
y mi garganta se anuda.
Castillos y fortalezas
sereno asalté en cien luchas,
y tiemblo al ver vuestra casa...
porque sois vos quien la ocupa.
»—En Palestina á un mi abuelo (1)
»dióle un rey reliquia augusta
»por una de esas proezas
»que ni los siglos sepultan.
»Ella es timbre de mi raza
»que á las cruzadas se encumbra,
»ella en la paz me enriquece,
»ella en la guerra me escuda.
»Prendas tales, por sagradas,
»no se dan ni ofrecen nunca.
»Yo la llevo y os la ofrezco
»por una mirada... ¡una!
MARG. ¡Ay de mí, que estoy vagando
desolada en noche oscura!

(1) Los versos marcados con asteriscos pueden suprimirse en la representación.

SANT. ¡Con ser de noche, esa bóveda
astros tiene que relumbran!
»—¿Veis, Margarita, en el cielo
»las estrellas que fulguran?
»Sin la luz de vuestros ojos
»no hay en el cielo ninguna.
»De flores la tierra alfombra
»mi vasta región de Alcudia:
»en todas hay vuestra gracia,
»en todas vuestra hermosura.
»Y á vuestra divina imagen
»rendida la mar cerúlea,
»álzale un solio de perlas
»en sus rizadas espumas.
»Así en mi pecho moráis
»en donde el alma os arrulla,
»así vivís en mi mente
»que hasta la gloria os encumbra.
»Y el cielo, la tierra, el mar
»que en halagaros se emulan,
»os muestran dentro su espejo
»de estrellas, flores y espumas.

MARG. En Mallorca hay tres castillos
cimeras de tres alturas:
Bellver, Alaró y Pollensa
por ellos es que se ilustran.
Tres eran los castellanos...
¡Que mal Aragón los juzga
porque no se le rindieron
sino después de tres luchas!
Tres eran: de dos el Temple
es ya fría sepultura.
Al otro... á quien vos prendisteis...
ese fin, ese, le auguran.
¡Ay de mi hermano!

SANT. Partidos
en bandos que Dios confunda,
asalté y rendí el castillo
de Bellver, gloriosa y última
trinchera y puesto de honor
que defendió su bravura.
Cercado en el Homenage,

sin que los suyos le acudan,
cayó... rompiendo su acero
del muro en la piedra dura.
Y al lanzarse á rematarlo
aquella legión de furias,
halló abrazado á su cuerpo
mi cuerpo que al suyo escuda.

MARG. ¡Oh! le salvasteis?...

SANT. ¡Por vos!
Su muerte iba á ser segura,
y para poder salvarle
me empeñé en rejir la pugna.
—Sé que es Gastón de Cabrera,
y por qué razones usa
el de Nicolás Marí
y no el nombre de su cuna.
Sé también que allá en el Ebro
donde morabais oculta
como una aldeana, el Rey
de vos se prendó y os busca.
Y sé... que esos dos malvados
que el regio favor disfrutan,
de traidor á vuestro padre
acusaron...

MARG. ¡Si!... ¡Oh! calumnia...
Ante el Rey, ante la corte
que á infame suplicio... ¡Nunca!...
¡Al martirio le llevó
de su vida honrada y pura!
Pausa:
Avisado por mi padre,
vino Gastón en su ayuda
de Italia donde guerreaba.
Fué tarde. En rapida fuga
vuela á mi secreto albergue,
nuestra desgracia me anuncia,
y, sediento de venganza
contra aquella corte inmunda
que juró nuestro exterminio,
conmigo aqui se refujia...
Señala al foro
y hoy, ahi dentro—¡á pesar vuestro!—

se le abre ominosa tumba.
—Y es mi hermano, Santacilia...

SANT. Lo sé.

MARG. Mi familia única.

SANT. ¡Ay, lo sé.

MARG. ¡Mi único amparo!

SANT. ¡Sea por mi desventura,
ya que no contáis con quien
vida y fe y alma os tributa!

MARG. *Cariñosa y anhelante:*
¿Porqué, pues, quien se las puso
no rompe esas ligaduras?

SANT. Hoy hablé á Gastón y acordes...
Se interrumpe, espantado de lo que iba á revelar.

MARG. *Estremando su ansiedad imperiosa yá:*
Seguid.

SANT. ¿Lo mandáis?

MARG. ¡Es súplica!

SANT. Pues no os alarméis.—De incógnito
el Rey que quiere me anuncia
recorrer Palma esta noche
por donde á mí se me ocurra;
y aquí le traeré, y aquí
obtendré su gracia augusta.

MARG. ¿Si ingrato á vuestros servicios?...

SANT. No lo será.

MARG. ..¿Os la rehusa?

SANT. ¡Pavesas haré del Temple
que faciliten la fuga
esta misma noche!—Deudos
y vasallos me secundan.
Tengo mi hacha de combate
que aun no está de sangre enjuta.
Mi escala tengo de asalto
para que á la cumbre suba.
Tengo mis garfios de fierro
que en la piedra hincan sus uñas,
y azufres, tea y resinas
que esterminio y muerte alumbran.
Suena un reloj lejano:
—¡Las doce! Corro á palacio.

MARG. *Queriendo detenerle:*
¡Nó!... ¡Escuchad!... ¡Audacia absurda!...
Santacilia desaparece por la calle de la derecha, y salen de la casa Beatriz y Margarita.

ESCENA IX

MARGARITA Y BEATRIZ

MARG. ¡Síguele!
BEAT. Sería en vano.
MARG. Ese plan violento y loco
es obra, no me equivoco,
del carácter de mi hermano.
BEAT. Sosiégate.
MARG. ¡Que sosiegue!
¿Ves cual se agrava mi horrible
estado?
BEAT. ¡Si no es posible
que á Santacilia el Rey niegue!...
¡Que ingrato fuera!—¿No alcanza
por él de Mallorca el trono?
Tú déjale...
MARG. *Resistiéndose á entrar en la casa y mirando la imagen de la capilla:*
No abandono...
¡No te abandono, esperanza!
—Mientras tardan, ven y reza
conmigo. Al pasar saldré
á la ventana y... ¿Podré
escuchar? Más fortaleza
para instarle yo tendría...
Pero ¿cómo á hablarle voy
sin que él descubra quien soy?
BEAT. ¡Justo! ¿Y si en cambio, hija mía,
del perdón que le reclame
tu voz... atenta á tu fama?
MARG. Me ama.
BEAT. Pues porque te ama.

MARG. ¡Y es un crimen que yo le ame!
Rebelde á mi voluntad
este corazón ingrato
por un amor insensato
arde en triste soledad.
Y en contienda perdurable
que es perdurable tormento,
en vano borrar intento
con la imagen adorable
de Arnaldo de Santacilia,
esta otra imagen grabada
aquí con fuego y manchada
con sangre de mi familia.
BEAT. Tú ignorabas que el Rey fuera
tu amante; y él aun ignora
que es... aquella labradora
Margarita de Cabrera.
MARG. Sandia de mí que supuse
que Gastón se equivocaba
cuando nos aseguraba
que era el Rey.
BEAT. También lo puse
en duda.—En fin, evitemos
que dé contigo.
MARG. ¡La muerte
de Gastón!
BEAT. Si acierta á verte,
te pierdes y nos perdemos
todos.
MARG. Si nada lograra
Santacilia, yo saldré...
y no me desmayaré
otra vez.
BEAT. ¿Y quien te ampara?...
MARG. ¡Yo!
BEAT. Te engañas.
MARG. *La mano en el corazón:* No me engaño...
aunque no cuente con él.
¡Que decepción tan cruel,
corazón, que desengaño!
Yo tan resuelta y vehemente
y tan dueña de mí...—Un día,

sola allá en la galería
del castillo, vagamente,
como lo que en sueños pasa,
evocaba en mi memoria
las virtudes y la historia
de las damas de mi casa.
Y al paso—¡que bien me acuerdo!—
que el recuerdo esclarecía,
en mi espíritu surgía
la emulación al recuerdo.
Sobreexcitada por ella
iba fijando anhelante
mi vista en cada semblante
de la galería aquella.
Y atendían; pero en vez
de en mi culto estimularme,
acababan por mirarme
con austera rigidez.
¿Qué es lo que de mí se exije?
pensé, y turbada y medrosa,
volvíme á la más hermosa,
á la más santa y la dije:
«—Dios en ti el modelo dióme.
Nada haré que no te cuadre—».
Y el retrato de mi madre
se fué abultando, y sonrióme,
y de súbito consuelo
cosa oí que murmuraron
sus labios... ¡y me abrazaron
sus ojos de azul del cielo!
Pausa:
«—Nada haré que no te cuadre—».
Y hoy, dócil á infame yugo,
quizá implore... yo... al verdugo
de su marido y mi padre.

BEAT. ¿Tú?
MARG. ¡Por mi hermano infeliz!
BEAT. ¡Tú, no!
MARG. ¡Si vieras cuanto hoy
le quiero... desde que soy
tan desdichada, Beatriz!
BEAT. Siendo un ángel.

MARG. Lo punible
no es que me prendara un día,
cuando quien es no sabía,
de aquel perverso: lo horrible
—sólo á ti puedo decirlo—
es que yo este amor no dome,
y que no se me desplome
sobre mí el cielo al oirlo!

BEAT. ¡Ya llegan! ¡Que escalofrío
siento!

MARG. No nos aturdamos.
No cierres, entorna.

BEAT. Vamos.

MARG. ¿Qué va á suceder, Dios mío!
Muy marcado este último verso. Entran, entornando Margarita la puerta que Beatriz iba á cerrar, y aparecen por la calle de la izquierda Don Pedro y Santacilia y detrás Don Blasco de Alagón y Ramón Sicart.

ESCENA X

DON PEDRO, SANTACILIA, DON BLASCO DE ALAGÓN, RAMÓN SICART Y MARGARITA *á la ventana que entreabre para escuchar.*

SANT. *Contestando á Don Pedro:*
¿En qué pensáis? con razón
halagarán vuestra mente
las pruebas que os da esta gente
de su entusiasta adhesión.

PED. *Hace un movimiento negativo de cabeza, y sin volverse llama á Alagón y á Sicart que se le acercan con oficiosa precipitación, á medida que los llama. Habla preocupado y triste, paseando la mirada por la escena.*
Alagón—Sicart—¿Sabéis
en qué pienso?

ALAG. ¡Fácil cosa!
Será en la empresa gloriosa
á qué dado cima habéis.

PED. Eso fuera derrochar
el tiempo. ¡Hay tanto que hacer!
A la Crónica el ayer,
al secretario, á Sicart
que... á veces... mi afán secunda.
Sicart se inclina.
Ayer... hoy... ¡Necio cuidado!
Ya por encima ha pasado
la corriente que fecunda.
A Sicart, rectificándose:
Ni un detalle hay que olvidar.

ALAG. Allá va uno, si puedo
quejarme.

PED. *Después de una pausa:*
¿Cual?

ALAG. Que me quedo
con hambre de pelear.
A Sicart con aire de superioridad:
Contádselo á vuestra pluma.

PED. ¿Qué?...

ALAG. *Sumiso.* Como plazca á su Alteza.
Mas, perdonad mi llaneza:
lo reñido ¿qué es en suma?
En tono despreciativo.
Una embestida en Paguera...
El asalto de Bellver
que dió Santacilia... ¿A ver
si... eso... es batirse siquiera!

SANT. *Indignado, sustrayéndose á su preocupación.*
¿Qué dice?

PED. *Con amistosa reconvención para meter paz.*
¡Siempre Alagón!...

ALAG. Reniego de lo contrario.

PED. El jefe más temerario
de mis huestes de Aragón.

ALAG. Siempre vos habláis verdad;
mas que aprendí, decir puedo,
de Vuestra Alteza el denuedo,
si no la temeridad.
Y ha de inspirar más confianza
al rey que bravura enseña,

quien por bravo se despeña...
que quien por corto no alcanza.

Hablan aparte Don Pedro y Santacilia, y también aparte y refiriéndose al último, Sicart y Alagón.

SIC. (¡Bien!)
ALAG. (El Rey le ha defendido.)
SIC. (Como siempre al atacarle.)
ALAG. (Las alas he de cortarle
antes que salte del nido.)
SIC. (Priva ya.)
ALAG. (Pena ligera
á quien, Sicart, como yo,
al águila las cortó
de Bernardo de Cabrera.)
PED. *Con hipócrita sentimiento, en especial á Alagón:*
Sangre la embestida insana
costó, y el gozo me quita...
SIC. *Con intención y recalcando:*
Sangre que el Rey necesita
para mañana.
PED. *Vivamente:* En mañana,
cuando os preguntaba allí,
pensaba.—¿Qué contingente
de naos, moneda y gente
podemos sacar de aquí?
ALAG. ¡Grande!
PED. De ello he de valerme...
SANT. Sosegad y...
PED. No lo ofrezco.
Pues ¿para qué me engrandezco
sino... para engrandecerme?
Por demás torpe y ruin
sería mi vasto aliento,
si este reino á nuestro aumento
no fuera el medio, y sí el fin.
Crece el río y trae el sauce
que arrastra de ageno borde. .
Si hay miedo de que desborde...
¡déjenme ensanchar el cauce!
Dios y Aragón de consuno
contra quien se empequeñece.
Dios ha dicho—¡Crece... y crece!

Otros desmiembran... yo uno.
Mi misión. Cumplida hoy quedas...
en parte. Ahora es preciso
podar. ¡Si en... este paraíso
hay más fueros que monedas!
Y en palacio, en cambio de eso
—lo he mirado muy despacio—
¡ni una mazmora! En palacio
no hay donde alojar á un preso.
Mucha luz: de par en par
ventanas, puertas abiertas...
Brisa y sol... y muchas puertas
que ni se pueden cerrar.

SANT. Sustraeos á ese abismo
de recelos: descansad.

PED. Cuando recelo, contad
que descanso de mí mismo.

SANT. Vuestra es Mallorca que un día
fué vuestra ambición y encanto.

PED. Pues ya no me gusta tanto
Mallorca desde que es mía.

SANT. ¿No os gusta?

PED. *Violentándose para desvanecer el mal efecto que sus palabras y tono desabrido acaban de producir en Santacilia:*

De quien la mande
joya siempre será, pero...
Mallorca es pequeña y quiero
que sea mucho más grande.
—Recrudece en monte y llano,
y en la mar como en la tierra,
esa fratricida guerra
que nos mueve el castellano.
Mas si piensa que me humilla,
que al fin conozca es forzoso
á Pedro el Ceremonioso
Pedro el Cruel de Castilla.
Conque prevenid en suma,
para la nueva jornada,
Alagón y vos la espada,
vos, Ramón Sicart, la pluma,
y vamos...

SANT. Si vuestra Alteza
se digna...
PED. Que en lo que veo
me produce este paseo
más que distracción tristeza.
SANT. *Dolorosamente contrariado:*
(¡Ah!)
PED. *Se fija en la ventana de la cual, apercibida, acaba de retirarse Margarita:*
¡Linda ventana!
SANT. ¡Oh! sí...
y triste.
Don Pedro y Sicart hablan aparte al pié de la ventana. Margarita se asoma de nuevo y les oye.
SIC. (¿Qué hay que os abata?)
PED. (La añoranza que me mata
de aquel ángel que perdí
y busco en vano. A medida
que ensancha á Aragón mi brío,
se me ensancha aquí el vacío *El corazón*
de esta ansiedad de mi vida.
¡Todavía sin saber
porqué huyó ni donde mora
ni... ni si vive!... ¡En mal hora
me la hicisteis conocer
vos y Alagón!)
SIC. (Perdonad;
mas juro que lo sabremos
cuando al Ebro regresemos.)
PED. (¡Tener que esperar!)
A Santacilia: —Guiad.
SANT. Si antes su Alteza me oyere...
PED. ¿Antes?—Hable.
SANT. *Señala al foro:* Entre cadenas,
sin luz y sin aire apenas,
vive allí un héroe... ¡se muere!
PED. *Con sorpresa y ceño, mirando al foro:*
¿Es el Temple?
Santacilia se inclina afirmando: los otros indican, con apresuramiento, que lo ignoran.
—(A que me aplaque
me conduce aquí.)—¡Oh! castigo

leve para el enemigo
que tuvo, en Bellver, en jaque...
Dirijiéndose á los otros, con referencia á Santacilia:
al caudillo mallorquín
que más aprecio.—Hanme hablado
del perdón... y lo he negado
al Obispo, á Sanmartín...
A Santacilia:
Por vos... y á fé que contrista...

SANT. Entonces, si en mí consiste...
Hablan bajo, y Sicart y Alagón se dicen aparte:

SIC. (Le pide clemencia é insiste.)

ALAG. (No privará.)

SIC. (¡Nó!... ¡Que insista!)

PED. Si de esos tres castellanos
dos... por rebeldes... murieron,
la causa á que sucumbieron
nos ata á todos las manos.
Marí ¿fué rebelde?

SANT. Es cierto;
mas vos podéis absolver...

PED. ¡Extraña forma de hacer
justicia... á los dos que han muerto!

SANT. *Desconcertado:*
Es que Marí...

PED. *Alentándole:* Mucho vale,
y causa dolor profundo
que tal guerrero...

SANT. ¡En el mundo
no hay capitán que le iguale!

PED. *Atajándole con complacencia cruel:*
¡Ahí tenéis la condición
peor en un prisionero!
¡Héroe!... Como yo no quiero
héroes... sino en Aragón.
Sé que es un rayo en la guerra,
y hay que evitar con cuidado
que mañana mi cuñado
pueda lanzarlo á esta tierra.
Se evitará: y os prevengo,
porque todo empeño cese,

que el más implacable es ese
de los contrarios que tengo.

SANT. ¡Por la vida de Marí
la mía!

MARG. (¡Alma generosa!)

PED. Vuestra vida es tan preciosa,
que la quiero para mí.
—Vamos.

Margarita cierra de golpe la ventana: al ruido Santacilia se estremece y Don Pedro mira la ventana; y después de una pausa, al retirarse éste por la derecha seguido de los demás, sale Margarita convulsa, cubriéndose con el manto.

ESCENA XI

DON PEDRO, SANTACILIA, SICART, ALAGON Y MARGARITA *que se recatará sin mirar de frente á Don Pedro en toda la escena.*

MARG. ¡Hidalgo!

SANT. (¡Gran Dios!
¿Porqué sale?)—¿A mí?

MARG. No.

PED. ¿Y bien...
es á mí?

MARG. A vos...
Con entereza, después de vacilar:
¡Al Rey!

PED. *A los otros con enojo é imperio:*
¿Quien
es el Rey?

MARG. Si os place, vos.

PED. Tu acento halagó mi oido;
pero engañarte pudiera...

MARG. Al preguntarles quien era
el Rey os habéis vendido.

PED. De explicarme en vano trato
como me he vendido yo.

MARG. Porque vuestra voz sonó,
más que á pregunta, á mandato.
Os conozco, en conclusión;
que hoy os vi en la catedral,
en la ceremonia real
de vuestra coronación.
Y después... cerca en verdad,
bajo palio de oro y grana,
á caballo esta mañana
pasear por la ciudad.
¿Cómo ocultarse su Alteza
en la noche y el embozo,
si á través de ese rebozo
relumbra vuestra grandeza?

PED. ¿Que hacías ahí?

MARG ¡Por Dios!...
Esperar.

PED. ¿A quien? Acaba.

MARG. Mi Providencia esperaba,
y ella os ha mandado á vos.

PED. ¿Para qué? Dí... ¿que te arredra?
Pesares debes tener.

MARG. Capaces de conmover...
la que pisáis, á esa piedra.
Gracia pido.

PED. *Inmóvil hasta ahora, baja lentamente al centro de la escena, se desemboza, dejando ver un riquísimo traje de época, y dice con gravedad:*

El Rey te escucha.

MARG. ¿Mi angustia su pecho ablanda?

PED. *Frunciendo el ceño.*
¡Grande ha de ser tu demanda
para parecerle mucha!

MARG. ¡Acabarais! Contra ley
por demás fué desabrido
el embozado. ¡Ese ha sido
trasporte de mozo y rey!

PED. *Con desenfado y tono jovial, como si sintiera haberse conmovido.*

Muéstrame esa perfección...

MARG. *Retrocede hacia la casa.*
De lejos.

PED. Si eres villana,
son de estirpe soberana
tu agudeza y tu intención.
Saber impaciente espero
qué gracia á pedir saliste.
MARG. Mucha... y poca.
PED. *Sonriendo:* Enigma... y chiste.
MARG. *Enojada:*
La vida de un hombre quiero.
PED. *Señalando al grupo de la bocacalle de la izquierda:*
Escoje de aquellos tres
al que más tu afán desea.
Aragón no regatea
por... ¡un hombre!
MARG. Soltad pues...
PED. ¡Hola! ¿A un preso?—Mucha es ya
la merced, si bien se mide.
MARG. ¡Mucha... para quién la pide!
¡Poca... para quién la da!
PED. Dime quien eres siquiera.
MARG. (¿Qué le diré?) —Soy, señor,
huérfana de un pescador
del barrio de la Ribera.
Y estoy tan agradecida
á ese infeliz, que gustosa,
sin ser su amada ni esposa,
por él diera sangre y vida.
PED. *Vuelve á sonreirse.*
¡Dáselas!... pero á la ley
que él infringió son extrañas...
MARG. ¡Si la ley no tiene entrañas,
debe tenerlas el Rey!
—¡Perdonad!
PED. *Empieza á conocer la voz y le dice con afabilidad para hacerla hablar:*
Tierna sin par,
sin par también eres ruda.
MARG. Esto lo aprendí sin duda...
en la ribera del mar.
Apacible el mar se humilla
y sin par ternura espresa,
si rueda, se tiende y besa

las arenas de la orilla.
Y sin par rudezas locas
muestra si desde la bruma
ruje, hierve, y hecho espuma,
rompe y se estrella en las rocas.

PED. Sepamos á quien poner
en libertad: anda, dí...

MARG. A Nicolás de Marí
castellano de Bellver.

PED. ¿A quién?

Ella ha presentido que la va conociendo y se calla, y él se vuelve á los suyos y exclama, como procurando burlarse de su misma preocupación:

¡Por todos los santos
que el cielo en su corte encierra,
que he de llamar á esta tierra
la isla de los encantos!
De noche es; mas me parece
que en su oscuridad notoria
vaga no sé qué de gloria...
por ahí...

Señala el espacio, mira á Margarita que se estremece é inclina, como sintiendo la mirada, y dice, dándose en el corazón:

¡y aquí que esclarece!

SANT. (¡Maldición!)

MARG. Poco os aflije
mi pena.

PED. ¡Gózate, alma!

Silencio.

¡Imposible que esté en Palma!
—¿Decías?...

MARG. Sobrado dige...

PED. ¡Tú eres!

MARG. Dejadme entrar...

PED. ¡Margarita!

La sujeta y va á descubrirla con violencia; ella lanza un grito, y Santacilia se adelanta á defenderla.

MARG. ¡Ah!...

SANT. ¡Señor!

PED. *Con la mano en el puñal.* ¿Qué?
¿Quién se atreve á hablar?

SANT. Pensé...
PED. ¡Pues ni debisteis... pensar!
MARG. (¡Sálvanos, Virgen bendita!)
SANT. *Apretando el puño de la espada:*
(¿Porqué es el Rey?)
ALAG. *A Sicart, ambos con júbilo:*
(¿Sospecháis?...)
SIC. (Que es... la prófuga.)
ALAG (¡Soñáis!)
PED. *Alzándola respetuosamente el velo:*
¡Al fin te hallé, Margarita!
Tú y Mallorca... ¡Bendición!
¡Ahora sí—no es sueño vano—
que es el primer soberano
de la tierra el de Aragón!
La contempla con arrobamiento, y de improviso se vuelve hacia el foro, palidece y dice para sí:
(Ese hombre ¿es su amante?)
A Alagón, señalando la puerta del foro: Llama...
De la prisión de Marí
pedid la llave.
MARG. *Irguiéndose con alegría que contrasta con el ceño y rabia celosa que Don Pedro procura disimular:*
¡Ah!...
PED. (¡Ay de mí,
del preso y de ella si le ama!)
Alagón ha llamado, y Don Pedro y Sicart hablan aparte.
SIC. (¿Qué tenéis?...)
PED. (¡Viven los cielos!...
¿lo sé yo?—¿Qué he de tener?
¡Celos... y voy á saber
si tienen razón mis celos!)
SIC. (¿Del preso?)
PED. (De ese menguado.
Ved si es amor lo que incita
á que implore Margarita
su perdón.)

ESCENA XII

DICHOS.—EL ALCAIDE Y GUARDIAS *á la puerta del Temple.*

PED. *Sin moverse, al Alcaide:*
Soy yo, Conrado
de Anglesola.—Despejad.
Le han conocido, y abren paso.—A los otros:
Id y volved con presteza.
Alagón entra, y Sicart, después de mirar maliciosamente por la escena, dice á Santacilia:
SIC. Seguid.
SANT. *Resistiéndose:* Serviré á su Alteza...
SIC. Si entráis.
PED. ¡Todos!
SIC. *Al Alcaide entrando detrás de Santacilia:*
Y cerrad.
MARG. *Al cerrarse la puerta del Temple, abre de par en par la de la casa, va á entrar y retrocede con espanto.*
(¿Con él!... ¡Suerte miserable!
—Me seguirá de seguro
si entro en casa... ¡Frágil muro!...
Se precipita á la verja del oratorio, y cae de rodillas, asida á ella, clavados los ojos en la imagen:
¡Este es muro inexpugnable!

ESCENA XIII

DON PEDRO Y MARGARITA

PED. En todo conflicto es ley
al cielo implorar favor.
Alza y no temas: mi amor
te defenderá del rey.
Al tenderle la mano, ella se levanta sin soltar la reja:
¿Porqué esquivas mi mirada?

¿Te asusta acaso el saber
quien soy?

MARG. Eso debe ser...
eso es.

PED. Pero enamorada
como antes...

MARG. Debo rogaros
que no me habléis más de amor.

PED. ¿Que no te hable?...

MARG. Y ved, señor...
¡Ved que no quiero enojaros!

PED. Te hallo al fin: temo espirar
de gozo... y de pronto me hundo
en un pesar más profundo
que los abismos del mar.
—¿No juraste siempre amarme?

MARG. ¡A aquel hidalgo!

PED. ¡Oh!...

MARG. *Rechazándole:* ¡Al Rey no!

PED. *Sin poder dominar más tiempo su rabia celosa:*
Si de mí tu amor huyó
¿por quién vienes á implorarme?

MARG. *Con sobresalto, después de mirarle fijamente:*
¡Por mi hermano, Dios testigo!
Suspended si habéis mandado
algo contra él... ¡Desdichado!...
¡Celos!... ¡Es mi hermano, digo!

PED. Se averigua ya; de suerte
que á saber voy...

MARG. Lo deseo.
¡Oh! pronto... ¿Aún dudáis?

PED. Te creo.
¡Me va la vida en creerte!
Sombrío:
Mas no sé porqué me agita
y hoy resurje en mi memoria
de aquel tiempo... cierta historia...

MARG. De luto.

PED. *Repónese:* No, Margarita:
de amor.—Sicart y Alagón
que por azar te encontraron,
que vivías me anunciaron

en un valle de Aragón.
Y su relato me augura
tal beldad, que tuve antojos
de informarme, por mis ojos,
de tu divina hermosura.
Fuí de incógnito, y al verte
finjióse el alma gozosa
que alguna hada codiciosa
presa debía tenerte
en su encantada comarca
que hasta al propio edén igualo,
para hacer de tí el regalo
y el tesoro de un monarca.

MARG. ¡Yo!

PED. Mas luego comprendí,
loco de amor, en tu abono,
que el reino y el rey y el trono
eran hechos para ti.
—¿Quién eres? Mari ¿quién es?
Allá, á las instancias mías,
que eras huérfana decías
de un labriego aragonés.
Huyes de pronto mi amor,
y como ocultarte quieres,
en Mallorca dices que eres
huérfana... de un pescador.
Con apasionado abandono:
—Escucha: aunque me revuelve
cuanto de la luz me priva,
por ser tuyo me cautiva
el misterio que te envuelve.
Porque hace gracia, en verdad,
á tu edad de primavera,
eso... de bruja hechicera
en lo breve de tu edad.
¿Porqué de tu patrio centro
sigilosamente huiste?
¿Porqué á Mallorca viniste
do por sorpresa te encuentro?
¿Cómo borrar has sabido,
cual vuelo de ave, tu huella?
Inútilmente tras ella

mis reinos he removido.
Dí que fué para vengarte
de mí; pero considera
que si callé ser quien era
y á la vez pude alentarte
á adoptar igual ficción,
te juro, por lo que valgo,
que, más que aquel pobre hidalgo,
te adora el rey de Aragón.

MARG. (¡Padre, ya ves cómo lucho!
¡Cielo! ¿porqué me castigas...
porqué á escucharle me obligas,
si con deleite le escucho?)

PED. *Después de mirar en derredor:*
Ven...

MARG. ¡Apartad!

Abrese la puerta del Temple y aparecen Santacilia, Sicart, Alagón y el Alcaide que permanece en el centro de la puerta.

ESCENA XIV

DICHOS.—SANTACILIA, SICART, ALAGÓN Y EL ALCAIDE

SIC. *A Don Pedro con oficiosidad y satisfacción, pero en voz alta:*
Son hermanos.

MARG. ¿Veis?—Soltadle.

PED. *Aparte con Sicart:* (¿Quien es él?)

SIC. (Un aventurero de esos
que dan á quien más les dé
su voto y lanza, lo mismo
al Papa que á Lucifer.)

PED. (Pica más alto: hanme dicho
que me odia. ¿Es altivo?)

SIC. (Lo es
tanto que me explico ahora
que su hermana. . ¡Habrá sandez!...
¿Que más pudo ambicionar?

Quien sois hubo de saber,
y por no ser dama vuestra,
huyó.)

MARG. ¿Le soltáis?

PED. Si á fe.
Vente á esperarle en palacio.

MARG. *En el umbral de la casa.*
¡Mi palacio... es éste!

PED. *Con insistencia.* ¡Bien!...
Mas desde allí dispondrás...

MARG. *Exasperada:*
Pues... ¡que muera!—Disponed
en la plaza otro patíbulo...

PED. ¡Otro! ..

MARG. ¡No, no os enojéis!...

PED. *Sonriendo de gozo:*
(Huyó por altiva... y me ama.)

MARG. ¿Me perdonáis?

PED. *Con seriedad,* Como á él.

Le indica que se retire, y ella hace un movimiento de espansión, entra y cierra.

ESCENA XV

DICHOS MENOS MARGARITA.—EL ALCAIDE *se retira luego.*

PED. (¿Otro cadalso!..)—La llave
de la prisión.
Muy marcado: mostrando al Alcaide la llave que Alagón acaba de entregarle:
Id, y al que
muestre esta llave, Anglesola,
el preso le entregaréis.
Retirase el Alcaide y cierra. Vuelve la llave á Alagón.
Con el refuerzo que acuda,
y antes del amanecer,
á palacio y á la torre
del Angel le llevaréis.
Diréis que se os ha escapado.

SIC. *Sonriendo:*
Nadie lo creerá.
PED. *Halagado:* No sé...
Dudarán, y la maleza
es vegetación también.
SANT. (¡Oh! se escapará.)
PED. *A Santacilia:* A mi cámara
á esa mujer me traeréis
luego, de grado ó por fuerza,
mas con respeto ha de ser.
SANT. (¡Respiro!)
SIC. *Con desconfianza por Santacilia que al oirle se estremece:*
¿Porqué no ahora?
PED. *Maquinalmente, absorto mirando la casa:*
No se escurrirá esta vez.
Bajo á Sicart:
(Hoy que empiezo aquí á reinar,
y hoy aquí donde la hallé
¿he de autorizar un rapto
con mi presencia?)
SIC. (¡Oh! que bien!...)
Aparte frotándose las manos con satisfacción:
(Rey que ama mucho gobierna
poco.)
ALAG. (Ya es nuestro otra vez.)
PED. Las puertas de la ciudad
¿están abiertas?
SANT. *Con viveza:* Como es
costumbre en noches de júbilo.
PED. Que las cierren dispondré
al punto y... ¡Ni las tinieblas
lo que pase han de saber!
—Sicart os mandará gente
que os sirva: la esperaréis.
SIC. ¿Qué gente?...
PED. Audaz, muda y ciega.
SIC. Designad...
PED. *Aparte á él con ira:*
(¡Yo nada sé!)
A Alagón y después á Santacilia, con énfasis y como reiterando el encargo que á cada uno acaba de hacer.

—A vos... él... ha de escaparos.
—Vos... de ella... el raptor seréis.

Alagón indica que no se le escapará, y Santacilia se inclina. Dirígese á la calle de la derecha, con Sicart, y antes de desaparecer mira la casa, va con arrebato espansivo á asir el brazo á Sicart para comunicarle mejor lo que siente, se contiene, cohibido por su carácter ceremonioso, y acaba por decirle, estallando de alegría:

¿Ves esa casa? Es Mallorca
con Margarita.—¿La ves
tan pobre?—¡Todo el espacio
de Aragón ahí dentro!... ¡Ven!...

Quédanse Alagón en el foro y Santacilia á la puerta de la casa escuchando con febril impaciencia las pisadas de Don Pedro y Sicart. Llama Santacilia, y salen Guillén y Margarita con quienes habla, recatándose de Alagón que, asombrado, no se da cuenta de lo que pasa. Las siguientes escenas con mucha rapidez y en voz baja. El escenario casi á oscuras.

ESCENA XVI

SANTACILIA Y ALAGÓN - MARGARITA Y GUILLÉN

MARG. ¿Es Santacilia?
SANT. Que os lleve
á palacio manda el Rey.
MARG. ¿Llevarme... vos... Santacilia?
GUILL. ¡Ni él ni nadie!
MARG. *Conteniéndole:* ¡Ten!
SANT. ¿Teméis?...
MARG. *Con vehemencia y expansión:*
¡Nada de vos... con vos nada!
SANT. ¿Hay otra puerta?
GUILL. Sí... ¿Qué?...
La del jardín.
MARG. *Tirándole de la ropa con disimulo:*
(No me dejes.)
SANT. Antes que cierren, Guillén,

las de la ciudad, por ella
á la galera corred.

MARG. ¿Y mi hermano?

SANT. *Con aplomo, después de mirar de soslayo á Alagón:*
De su cárcel
la llave está en mi poder.
—Allá iremos á embarcarnos.

MARG. ¿Vendrá mi hermano?
Corrijiéndose: ¿Vendréis?

SANT. ¿No estaréis vos? A la aurora.

MARG. Voy tranquila ¿verdad?

SANT. ¡Pues!

MARG. Pero... tembláis...

SANT. ¡De impaciencia!
Vanse Margarita y Guillén y cierran.
Ya no tiemblo—¿Que si iré?
Si el alma se va contigo
¿como no ir donde estés?

ESCENA XVII

SANTACILIA Y ALAGÓN

SANT. ¿Conque... hambre de pelear?

ALAG. ¿Qué pretende?...

SANT. Que me déis
esa llave.

ALAG. ¿Yo?

SANT. Supongo
que no lo harás...

ALAG. Piensas bien.

SANT. Sino por fuerza... ¡ó por miedo!
Atajándole un brusco movimiento de coraje:
Sé que eres aragonés,
que cara á cara no hay hombre
que te haga retroceder,
que te bastas... por ti solo.

ALAG. ¿Lo dudáis?

SANT. Lo dudaré

si gritas para que vengan
á socorrerte.

ALAG. *Bajando la voz:* ¿A mí?

SANT. ¡Pues!

ALAG. *Más bajo y adelantándose:*
¿A mí?

SANT. ¡Bien!.. Para matarnos,
¡hierro y alma! Lengua ¿á qué?

ALAG. ¿Intentas soltar al preso?

SANT. Porque le prendí. Tal vez
nunca... Marí me perdone
que yo te mate por él.

ALAG. *Con desprecio y después con ceño:*
¡Por él!—¿Quien es él?

SANT. En breve
al oido te lo diré
para que, espirando, sepas
que hay justicia allá...
Señala al cielo, y á un ademán desdeñoso de Alagón, exclama, señalando con la espada la capilla:
¡Aquí!.. ¿Ves?

ALAG. (Daré la llave al Alcaide.)
—Aguarda... ¡que he de volver!

SANT. Ni aun huyendo te has de ir.
Pues sabes ya lo que quiero,
si das la espalda á mi acero
¡por la espalda has de morir!

ALAG. Alagón así te da
esta llave apetecida.

SANT. ¡Si no me la da tu vida,
tu muerte me la dará!

Se acuchillan furiosos y cae el telón.



ACTO SEGUNDO



Decoración del acto segundo pintada por D. José Hoyo para el estreno de la obra.

ACTO SEGUNDO

Casa pobre y desamueblada con la entrada á la derecha, y á la izquierda una puerta con cerrojo, en primer término, y en el segundo, empotrada á la pared, una escalera de mano por la que se sube al entresuelo y altos de la choza, mal cerrados con un jirón de cortina azul oscuro. En el foro una puerta grande sin hojas, abierta á un mirador que asienta sobre una roca cortada á pico, y que dá al mar dormido en el horizonte: en el fondo del mirador un antepecho de sillares ruinoso. Amanece.

ESCENA I

BEATRIZ *en lo alto de la escalera, con la cortina en la mano, hablando con Margarita que figura estar dentro.*

No hay que impacientarse tanto,
hija mía; aun queda tiempo.
Tras la racha, la bonanza
dicen los de mar, y es cierto.
Repara: cuando llegamos
las olas con ronco estrépito
batían y socavaban
de esta choza los cimientos;
y adormecidas ahora,
columpiándose en su seno,
plateadas del sol de Oriente
y acariciadas del viento,
de nuestra inquietud se burlan,
y como que estén diciendo:
«-Mírense aquí las cuitadas,
que esto es de la vida espejo—»
—Conque ¡ánimo!—(Y ella tiene
más que yo)—Sí,... que debiéramos
hallarnos ya en alta mar,
á pedir al rey Don Pedro
de Castilla su hospedaje
que ha de darnos, cuando menos,
por tirria al del Puñalet
que le devasta sus reinos.
—¿Que no sabes quién devasta
á quién?—¡Defiéndele!—¡Bueno!
—Pero sin tu hermano y sin
Santacilia no debemos
embarcarnos.—Y me explico
su tardanza. ¿Qué remedio?
Nada: que ocultos atisban
en la ciudad el momento
de escurrirse sin ser vistos;
si no es que, como sospecho,

andan por ahí á hurtadillas,
dando vueltas y rodeos
para venir á posarse...
—¿Que hacen bien? Pues ya lo creo.
—Vé si desde la azotea
los descubres. Yo... (¡Traedlos,
Madre de Desamparados!)

Baja y al ir á la puerta de entrada aparece Guillén.

ESCENA II

BEATRIZ—GUILLÉN

BEAT. ¿Se les vé venir? ¿Ha vuelto
el patrón?
GUILL. Ni sombra humana
se dibuja en torno nuestro.
Y entretanto el sol impávido
nos escala el firmamento
al son de los estridentes
chirridos de los vencejos,
sin que le ciegue una nube,
sin que le hunda un tropiezo.
Y nos alumbra... ¡y alumbra
á los que van persiguiéndonos!
BEAT. Habla.
GUILL. No te asustes.
BEAT. Habla.
GUILL. Uno de los dos remeros
que se ha llevado el patrón
desapareció, y no han vuelto
á verle desde que entraron
en Palma.
BEAT. ¿Y qué?
GUILL. Y puede habernos
delatado.
BEAT. ¿De quién sabes?...
GUILL. Del otro que hace un momento
volvió solo.

BEAT. Tú te callas
lo principal.
GUILL. Puede serlo.
Pegado al muro del Temple,
atravesado su pecho,
apareció esta mañana
el cadáver...
BEAT. *Indicándole que Margarita puede oirlo:*
Habla quedo.
GUILL. De uno de los favoritos
del Puñalet.
BEAT. ¡Mis recelos!
De un privado: Santacilia
lo era. ¿Es Santacilia el muerto?
GUILL. Tu dirás.
BEAT. Nunca me engaña
el corazón.
GUILL. Buen provecho.
Como si te complacieras
en que acertara.
BEAT. ¡Blasfemo!
GUILL. Lo mismo puede ser él
que Alagón ó tú...
BEAT. ¡Yo!
GUILL. ¡Bueno!
—¿Margarita?...
BEAT. No permito
que la enteres...
GUILL. Es que el riesgo...
arrecia. El barco se esconde
al pie del despeñadero,
tras de esta roca cortada
á pico...
BEAT. *Deteniéndole al querer llevarla al foro:*
¡Que causa vértigo!
GUILL. Si nuestro plan de evasión
ha fracasado cual temo,
antes que llegue á noticia
del Rey nuestro paradero,
y venga y nos prenda á todos,
os embarcáis para haceros
á la vela así que...

BEAT. ¿Y tú?
GUILL. Después... (Yo hasta el fin no dejo
á mi amo en la estacada.)
—Loco de rabia Don Pedro
al verse burlado, está
todo Palma removiendo
en busca nuestra: sus naves
lárganse ahora del puerto
para vigilar la costa
y darnos caza de recio,
y peones y caballos
de la ciudad van saliendo.
¡Brava ocasión para un golpe
de mano en ella!
BEAT. Dejémonos...
Margarita sale del entresuelo y escucha.

ESCENA III

DICHOS—MARGARITA

GUILL. Ahora bien: si Margarita
cae en su poder... No quiero
tener que dar cuenta á Dios
de su deshonra, pudiendo
evitarla. Conque, á bordo
ella y tú: yo aquí á Jimeno
aguardaré, y con el amo
y Santacilia... ó sin ellos,
¡á la mar!... menos temible
en sus trasportes frenéticos,
que el galán Ceremonioso
de hermosa faz, y de pecho
de pedernal donde anida,
por error, un sentimiento
humano, uno, su amor
á esa infeliz, que yo espero
que le amargue cuantas glorias
le reserva allá el infierno.

BEAT. ¿Y nosotros... qué sería
de ti y de mí si cayésemos
en sus garras?

GUILL. No te ocupes...

BEAT. ¡Bien, Guillén mío! Pensemos
sólo en ella. Mas ¿querrá
irse sin Gastón?

GUILL. Y presto
ha de ser.

Al ir Beatriz á buscar á Margarita, ésta que ha bajado, enjugándose los ojos, le toma cariñosamente la mano y la lleva hacia la puerta de entrada.

MARG. Vamos á bordo.
No os canséis: nuestro proyecto
de fuga se ha malogrado.

GUILL. En claro nada sabremos
hasta que el patrón regrese,
y mientras tarda...

MARG. Lo apruebo:
me embarco y nos escapamos
al menor indicio vuestro.
Pero ¿abandonar así,
en peligro tan extremo
á mi hermano? ¿Irme yo sola?

BEAT. ¡Conmigo!

MARG. ¡Que ganas tengo
de quedarme á descansar
con él!

BEAT. ¿Descansar!

MARG. Ya es tiempo.
Sin madre, padre ni hermano,
y criminal si recuerdo
al hombre á quien por desdicha
amé y amo... ¡y amo!

BEAT. ¡Cielo!

MARG. Hazte de nuevas. ¿No sabes
que le amo... ¡y le detesto!
—Huérfana de todo.—Sígueme...
Mas sin saber... ¿Es que ha muerto
Gastón?

BEAT. / GUILL. ¡Nó!

MARG. ¡Pues ni arrastrando
me lleváis! Aquí me quedo
arraigada hasta que vengan,
y si no vienen me vuelvo
á la ciudad y los busco...
¿Queréis que exaspere, huyendo,
al Rey para que en mi hermano
tome el desquite más cruento
de mi fuga vergonzosa?
Y no desconozco el riesgo
que nos amaga...
BEAT. La muerte.
GUILL. Peor que la muerte...
MARG. ¡Bueno!
Id con Dios. Dejadme: yo...
yo conmigo nada temo.
BEAT. *A Guillén:*
¿Ves?—Déjanos... ¡que nos maten!
GUILL. Desgraciadas... si no es eso
lo que Gastón mi amo espera
de mí... y haré. Si el plan nuestro
fracasara ¿qué logramos
con que os quedéis?
BEAT. En efecto...
MARG. Que iré á besarle los pies
á ese monstruo...
BEAT. ¿Irás?—¡Iremos!
GUILL. *A Beatriz con ira y á Margarita respetuoso:*
¡Calla!... y ved...
MARG. ¿Ved qué? No me hables
de deshonra ó te aborrezco.
BEAT. Guillén ¿imaginas?...
MARG. ¡Nada!
Perdonad: soy yo que pienso
desde anoche en lo que nunca
pensé ni entendí... ¡ni quiero
comprender!
BEAT. *Mirando la puerta de entrada.*
¿Oisteis?
MARG. *Mirando al foro:* ¡Paso!...
¿Será el patrón?
BEAT. *Desde la puerta:* No le veo.

MARG. *Señalando al foro:*
Por el mirador...
BEAT. ¿Sería
capaz?...
GUILL. *Ha ido de puntillas al despeñadero, baja y murmura, conteniéndolas:*
Lo ha sido: es Jimeno.
BEAT. ¿Cómo, sube ese demonio
por ahí?
GUILL. ¡Chist!... Como un cangrejo.

ESCENA IV

DICHOS—JIMENO *aparece, apoyándose y sin poder respirar de fatiga, y á las primeras preguntas contesta con signos afirmativos.*

MARG. ¿Vive mi hermano? ¿Escapóse
del Temple? Tomad aliento.
¿Y Santacilia?
BEAT. ¿Qué aguardan
que no vienen?
JIM. Vendrán... luego.
Explosión de alegria en todos.
MARG. *A Beatriz:*
No le canses con preguntas.
—¿Les visteis?
JIM. Y no de lejos.
—Venga un cacho de descanso
porque me falta el resuello.
Guillén se apresura á arrimarle un trozo de sillar medio forrado de piel raida, único asiento en la escena.
BEAT. ¿Les viste?
JIM. Yo no: mis ojos
y mis manos y mis...
GUILL. ¡Bueno!
BEAT. ¿Cómo has podido trepar
por el precipicio?
JIM. Entero.

BEAT. ¡Milagro!¡

GUILL. *Dándole á él en el hombro:*

¡Sí... y corazón!

JIM. *Con seriedad, asintiendo y refiriéndose con el palmo de la mano á la altura del despeñadero:*

De cuesta arriba docientos,
y al pie...
Se corrije y dice en tono jovial: la colcha colchada
del mar. Un pez más si vuelco.

MARG. ¡Gracias! — ¡Sangre!

Al cojerle la mano derecha la ve ensangrentada.

JIM. *Frotándose la mano con la ropa:*

No hagáis caso...
Almagro.—Ya está.—Requiebros
de... esas gradas.—Es más corto
por mar que por tierra el trecho
de Palma acá; y desde el mar
el más regalado ascenso...
es ese risco.

BEAT. ¿Y el Rey?...

JIM. *Se quita el birrete por detrás con el brazo izquierdo, y estrujándolo con el brazo, y amenazando aplastarlo con la mano derecha, exclama:*

¡Si le tuviera aquí dentro!...
—El pobre alcaide del Temple
en una almena queda hecho
un racimo.

GUILL. ¡Y todavía
habrá quien le sirva!

MARG. *Con angustia:* ¡Ah!

BEAT. *Les hace á ellos con disimulo una seña para que se contengan, y dice á Jimeno:*

Entéranos...

JIM. ¡Forte!—El domingo de Ramos
maté á un hombre, allá en el puerto.
Brega de honra. Provocóme,
le ahogo, y al mar.
Dándose en las piernas: —Las suelto,
tomo sagrado en la iglesia
del Carmen, y Fray Antelmo
de Galiana hermano mío
que es el Prior del convento,

á Nicolás de Marí
recurrió, y éste al Rey luego,
y el rey... Don Jaime... absolvióme.
Hace la señal de absolver.
¡Mi rey!

BEAT. ¡Y el mío!

JIM. Yo tengo
mujer—¡tenía!—y dos hijas,
y á Marí y al rey les debo
mi vida y la de esas pobres
criaturas, y hoy por ellos...
¡con el barbón del tridente
riño yo con éstas y éstos!
Las uñas y los dientes.

BEAT. ¡Bien!

JIM. *A Margarita:*
Partí, como mandasteis,
y al rayar el alba llego
á la ciudad y hallo aún
cerradas las puertas.—Esto
les impidió que vinieran
anoche.—Abrenlas, me meto
en Palma. Más zaragata
que ayer: campanas al vuelo
y en plazas, calles y rondas
desatados los festejos.
Rastreo, y sé que en el Temple
se ha encontrado herido y muerto
un hombre. Sigo costeando,
culebreando, como un remo
sumerjido, y dicen que es
un privado de Don Pedro.
¿Será Santacilia? Nadie
da razón... Rumbo al convento
del Carmen, y arriba, y hallo
en su celda á Fray Antelmo,
que esos saben cuanto ocurre
más que nosotros los sueltos.
Le tomo el pulso... y el Padre
nada sabe: no le creo.
Si supiera algo... corriente;
pero... ¿nada?... Considero

que lo sabe todo. Doyle...
para el remolque... aparejo...
¡Quiá, ni una boya! Contesta
vizco y me colea el cebo;
hasta que, á un brusco abordage
mío, de cólera trémulo
me echa á un rincón y resopla
con sus dos manazas esto:
«—¡Vuelve á tu galera y listos
y mutis ó te reviento!...»
—Y es capaz: á mí me lleva
un jeme macho y dos dedos.
—«Marí y Santacilia viven,
y á flote los sacaremos
con el auxilio de Dios»—
—Y el vuestro. ¿Cual es el vuestro?
«—¡A bordo!»—Y en vano insté
que me esplicara el misterio...
Como á la banda se cierren
esos mansos reverendos
no hay quien pisa agua salada
que los bote del cruzero.
—Cío al fin, á rempujones
de que aun se duelen mis huesos;
mas yo olía... carne humana,
y, como un cojo en mal tiempo,
balanceando abro la alcoba...

BEAT. ¡Ya lo veo!

JIM. ¡Yo los veo!
Y atropello al Padre, y corro
á abrazarles: el primero
fué Santacilia de quien
me comí la mano á besos.
Porque él mató á Alagón,
y sacó del Temple luego
á Marí.

BEAT. ¡Bendito sea!

GUILL. ¡Sí que es hombre, y si le echo
los brazos le estrujo!

BEAT. ¡Déjale!...
Tu esposa se encarga de eso.

MARG. *Profundamente conmovida:*
¡No más, por Dios!
GUILL. *A Jimeno:* ¡Alto!—Nadie...
te ha seguido...?
JIM. A babor, lejos,
vi una lancha pescadora
que daba fondo...
MARG. Ahora tiemblo...
BEAT. Y yo también.
GUILL. Porque soy
un mandria que me enmohezco
acuartelado...
A Jimeno queriendo llevárselo por la derecha:
¡A auxiliarles!...
¡En marcha!
BEAT. ¿Estás loco? Quieto.
A Jimeno que se calla impasible con una leve sonrisa:
¡Di que vendrán!...
MARG. ¿Calláis?...
JIM. *Faltriqueando:* ¡Forte...
que en mi bolsillo los tengo!
Traza urdida por cogullas
no marra.
BEAT. Eso digo.
GUILL. Pero...
esa lancha exploradora...
JIM. De pesqueras: cuatro memos,
cuatro atunes. Sobre que
al más guapo de ellos reto
á subir... por esas jarcias. *El precipicio.*
BEAT. ¿Tardarán mucho?
JIM. No creo...
Corto rato: lo preciso
para no ser descubiertos
por la estela. Ya previne
que se engolfen en lo espeso
del pinar que hay á la espalda
de la choza y salten luego
al corral: con tal maniobra,
ni el mismísimo lucero
que me curte los atrapa.

A Guillén:
A bordo, y á disponerlo
para zafarnos apenas
ellas se arríen con ellos.

BEAT. A la azotea nosotras
á verles venir.

GUILL. No apruebo...

MARG. El patrón dirá...
A Guillén, corrijiéndose, con dulzura:
—¿Qué opinas?

GUILL. Nada de atalayas.

BEAT. ¡Rezos!...

JIM. *Señalando al mar:*
Porque la fiera se amanse
al empuje de mis remos
y con todos sus pulmones
hinche mis lonas el cierzo.

Vase con Guillén por la puerta de entrada. Un punto de silencio.

ESCENA V

MARGARITA Y BEATRIZ

BEAT. (¿Cómo la distraigo ahora?)

MARG. No acierto á rezar, no acierto.

BEAT. *Señalando al foro:*
Mira.

MARG. *Asustada:* ¿Qué?

BEAT. Una golondrina.

MARG. ¡Anda y préstales tu vuelo!
¡Que vengan, diles que vengan,
que vengan pronto ó me muero!

BEAT. Nuncio de paz.

MARG. ¿Dónde está
la de mi hogar solariego,
la paz de nuestro castillo?
Allí mi cuna y los restos
de mi madre... Ahora conozco,

Beatriz... ¡Que felices éramos!
A la sombra de mi padre
que de sus gloriosos hechos
nos relataba la historia
á nuestro insistente ruego.
Allí las nuevas ansiadas
de mi hermano que, harto lejos,
en Italia, con tu esposo
su amigo más que escudero,
guerreaba por Aragón,
por su patria... Y todo envuelto
en la santa placidez
del dulcísimo recuerdo
de mi madre, en la fragante
sonrisa suya, del cielo.
¡Ay, mi castillo y mi valle!
¡Ay, mis márgenes del Ebro!
Memorias del bien perdido,
¡que tristes sois!... ¡Ay, mis sueños!

BEAT. Pero hija...

MARG. Estalló la guerra
con Castilla, y presintiendo
mi padre, que el enemigo
invadiría primero
nuestro alcázar por hallarse
en los lindes de ambos reinos,
de él nos sacó, nos condujo
allá á la orilla del Ebro,
hacienda suya, y partió
á la guerra, previniéndonos
que nadie, estando él ausente,
se enterara de quien éramos.

BEAT. Y lo cumplimos.

MARG. Y entonces
vino...

BEAT. No lo recordemos.

MARG. *Le coje una mano y la aprieta sobre el corazón:*
¡Trae!

BEAT. ¿Tú, tan valerosa!...
¡Eh, quita allá!

MARG. Y no es de miedo.

BEAT. Descansa...
Procurando reirse: como las grullas,
sobre un pie. ¿Sabes que observo
que no hay ni donde sentarse?...
A bien que esos vendrán presto.

MARG. *Sin escucharla, abstraida:*
Iba de caza... Un hidalgo
pobre y de ilustre abolengo...
Huérfana yo y desvalida...
Y sin embargo el artero
se mostraba tan sumiso...
Y loca yo de contento
me decía: «Cuando él sepa
quien soy de verdad... ¡que inmenso
gozo! Si pobre y villana
me ama tanto»... Y más empeño
ponía en finjir que lo era...
—Se me resiste... no creo
que el taimado abriera entonces
contra mi padre un proceso
de muerte. Los envidiosos,
nuestros enemigos fueron,
que no el Rey...

BEAT. Gastón le acusa.

MARG. *Enojada:*
Si piensas que le defiendo
porque abrigue la esperanza
más remota...

BEAT. ¿De qué?

MARG. *Calmándose:* ¡Bueno!
—Tú que el carácter conoces
de mi hermano, tan violento...

BEAT. Y flexible y razonable
si se persuade de un yerro.
Y le acusa.

MARG. ¡No los pongas
frente á frente, Dios eterno!

BEAT. ¡Jamás, Virgen del Pilar!

Don Pedro aparece, jadeando de fatiga, por el mirador, y al verlas hace un movimiento de extrema alegria. Se asoma al antepecho; indica con ademanes, á los que figuran estar debajo, que vayan á cercar la choza, y escucha. Ellas se vuelven á mirar la puerta de entrada.

MARG. ¿Oyes?
BEAT. Profundo silencio.
MARG. El de plomo, precursor
del rayo.
BEAT. Pronto saldremos
de su alcance, y en Castilla
se extinguirá sin esfuerzo
tu amor al Rey.
MARG. ¡Extinguirse!
¡Qué poco sabes!... Si siento
irme, si aspiro á morir
en Mallorca! ¿A qué tan lejos
de él?—Si escapamos, Gastón
se salva y... ¡Vaya si anhelo
que se salve!... Y Santacilia
también... ¡Cuánto le debemos!
Mas yo, mi buena Beatriz,
¿dónde iré, dónde, si llevo
muerta la esperanza y vivas
las memorias de aquel tiempo?

Don Pedro se adelanta, vacila y va á apoyarse. Ellas se aperciben y se abrazan, mirando delante de sí con estupor. Margarita se domina, levanta la frente á Beatriz para animarla y se vuelve.

ESCENA VI

MARGARITA Y BEATRIZ—DON PEDRO

MARG. ¿Y bien?
Lanza un grito y va como para auxiliarle:
¡Ah!... ¿Herido?
PED. ¡Enemiga!...
Cansado... y feliz... De sobra...
esa súbita zozobra
ha premiado mi fatiga.
Subió un hombre, y no te asombre
verme igual riesgo correr;
que el Rey siempre ha de poder
más que pueda todo otro hombre.

Trepó aquel... y volé yo;
que, como en mi amante anhelo
pensaba escalar el cielo,
alas mi amor me prestó.
—Bien informado en rigor
vine por gente leal,
y no desempeño mal
el papel de explorador.
¡Que aura aquí tan placentera!
—¿Han venido... ellos?

Se estremecen las dos y se estrechan.

—Seamos
cautos una vez: veamos
si el nido es ya madriguera
de traidores.

Registra el entresuelo y el cuarto de la izquierda.

MARG. *A Beatriz, aparte:* Corre, advierte
que les salgan al encuentro,
que se vuelvan, que aquí dentro
les amenaza la muerte.

BEAT. Voy...

Se precipita de puntillas á cerrar el cuarto donde acaba de entrar Don Pedro, y este, apercibido del riesgo, sale, le coje la mano en el cerrojo y sonríe:

PED. ¡Poco á poco!—Me agrada
tu agresivo proceder.
A la justicia... prender;
y al maestro... cuchillada.
La ofensiva. ¡Bien, mi dueña!

Vuelve á mirar la habitación desde la escena.

—Da al corral: la cerca es alta,
pero á ser ágil la salta
un hombre. Si alguien se empeña
preso quedará al saltar.

Corre el cerrojo.

—Pues que aquí mi amor contemplo,
nadie entra ya en este templo
más que yo... para adorar.

Con ademán nervioso tiende la gorra á Beatriz para que la coloque, y ésta vuelve aprisa al lado de Margarita.

¡Eh!...

BEAT. *Indicando que no hay donde colocarla.*
Pero...
PED. *El sillar:* ¡Allí!
Beatriz obedece, temblando.—Con amabilidad:
Y retiraos,
Beatriz.
MARG. *Con imperio:* ¡Quédate!
PED. *Sombrio y algo impuesto:*
Orden mía
que ante mí se contraría
por vez primera.—Quedaos.
MARG. Y atiende, que es necesario:
Si mis protestas... son nulas,
me estrangulas... ¡me estrangulas
si importa con tu rosario!
PED. Mucho fía en mi templanza
tu inexplicable reproche,
trás la perfidia que anoche
burló mi noble confianza.
Tú de esa perfidia has sido
redomada encubridora,
mas tanto el alma te adora,
que, aunque á vengar he venido
la traición y tu crueldad
—vé si sé perdonar—llego,
lo olvido todo, y te ruego
á tus plantas...
A Beatriz con ira: —¡Despejad!
MARG. *La lleva á la puerta de entrada.*
Obedece y no te azores,
ni esperes que el riesgo huya.
Mi padre... en defensa suya... *De Don Pedro*
vióse en conflictos mayores.
PED. ¿Su padre?
MARG. Vé, y por mi fama
ni por la del Rey te alteres.
PED. ¡Válgame el cielo! ¿quién eres?
MARG. Sobre ser quien soy, soy dama.
PED. *Con fuego:*
¡Y te amo!
MARG. Lo sé... y por esto...
me veis... tranquila.

Ha retrocedido estremecida, y de pronto y rebelándose contra sí misma, dice:

—¿Quién soy?
Sí que lo ignoráis y voy
á reveláróslo.—¡Presto!...

Empuja á Beatriz, diciéndole al oido:

(¡Avísales, Beatriz mía!)

BEAT. ¿Dejarte sola!

MARG. ¡Aprensión!...
Sola no: el rey de Aragón
se queda en mi compañía.
Y pues Dios lo ha permitido,
todo recelo destierra
de quien Dios pone en la tierra
porque ampare al desvalido.

ESCENA VII

MARGARITA y DON PEDRO

MARG. *Señalando la puerta que Beatriz, de intento, ha dejado abierta:*

Y cerrad.

PED. *Inmóvil, asombrado, dominado por ella:*

¡Tú á quien rendí
el alma que martirizas,
que al implorar esclavizas,
implórate á ti por mí
que en esta lucha feroz
que te hace más adorable,
tiemblo como un miserable
á la magia de tu voz!

Breve silencio. Ella inclina la frente, y Don Pedro añade en tono cariñoso:

Cuéntame de tu desvío
la causa, y que yo la crea;
pero no digas que sea
desamor al amor mío.
Dime que el tuyo se inmola

con instintiva esquivez
á la salvaje altivez
de la doncella española;
á la odiosa prevención
que el fuero, al trono usurpado,
contra nos ha vinculado
en las hembras de Aragón.
Que aunque me sea irritante
la altivez, en ti no irrita:
sé altiva al Rey, Margarita,
ingrata nunca al amante.
Tu hermano lo es mío ya,
y de encumbrarle habrá modo.
Donde hay algo tuyo, todo,
todo mi sér allí está.
¡Si el alma se me enagena
de gozo! Te hallo y me llevo
por hallazgo un reino nuevo.
¡Tú y Mallorca!—Exije, ordena...

MARG. *Cayendo de rodillas donde está.*
¡Pues no sumerjáis en llanto
y luto y sangre horrorosa
esta tierra tan hermosa
que hoy se os rinde y queréis tanto!

PED. ¡Contigo! – Más que por ella,
con ser tan rico tesoro,
por ti, por mi sueño de oro
me trajo mi buena estrella.

MARG. *Levántase con un estremecimiento convulsivo.*
Para la familia mía
fatídico fué el influjo
del astro que aquí os condujo...
y á mi retiro... aquel día.

PED. ¡Rasga esa niebla! El amago
me lastima más que el hecho,
y tu voz llega á mi pecho
entre acusación y halago.

MARG. Cuando huí despavorida
con Gastón que os acusaba,
dudaba... aún ayer dudaba
que fuerais—¡este homicida!—
aquel mancebo que amé,

ansiando con desvarío:
«—¡Que no sea el Rey, Dios mío,
que no lo sea!»—Y lo fué.

PED. ¡Que hermosa estás!

MARG. ¡Inhumano!
—Y fué el juez... ¡No, mal que os cuadre!
¡Fué el verdugo de mi padre
que iba á serlo de mi hermano!...

PED. *Palidece y la interrumpe:*
¿De su padre?—Oye...

MARG. Tronchada,
por el suplicio rodando,
su cabeza está fijando
aquí su postrer mirada.
¡Paz, padre!...

PED. (¡Condenación!)

MARG. ¡Ese ceño tan horrible
no es contra mí, no, imposible,
padre de mi corazón!...
No mires así... Reposa
en mi seno... ¡Por piedad,
tus brazos!... ¡Que soledad
la mía tan pavorosa!
Como persiguiendo la sombra de su padre.

PED. ¡Cálmate!

MARG. *Repuesta.* Ved si hay manera
de que pueda, sin horror,
oiros hablar de amor
Margarita de Cabrera.

PED. ¿Cabrera!... Alagón, Sicart,
esos dos viles fraguaron...
todo aquello, y le acusaron,
y fué preciso fallar.
—Pero delirando estoy.
¿Viles?... Ninguno merece
tal dictado... Si parece
que me olvido de quien soy...
Y me acuso y me castigo
sin causa y hasta me infamo...
¿Qué más!... ¡Si desde que la amo
soy mi mayor enemigo!
Y después querré imponerme

á Roma yo... y soñaré
con la Iberia... yo... ¡y no sé
de mí mismo defenderme!
—Y ese Arnaldo Santacilia. .
Apenas anoche obtuvo
mi confianza... Y otros hubo...
Caerán él y quien le auxilia,
y será en vano que imploren...
¡Si esto es un nido irritado
de víboras!... ¡Oh!... cercado
por el mar. . ¡Que se devoren!
A morir de hambre salada
Dios, que no yo, los sentencia.
Yo acato la Providencia,
yo el primero, y nadie y nada
de sus decretos los libra.
¡De acero te necesito,
corazón!... ¡No!... ¡De granito,
de granito que no vibra!

Mudando de tono y acudiendo á ella que desfallece:

¡Ah!... ¿Que he dicho?... Oye... ¡Perdón!...
Este arrebato me infama...
A una mujer, á una dama...
un hombre... ¡el rey de Aragón!...
¡Miserable!

MARG. *Rechazándole:* Continuad,
sin temor de que me admire.
¿Que os importa que yo espire
de pena? ¿Vos, vos piedad?
No estáis tan cerca de Dios.
¿Piedad... y de mí? ¡Que loco
empeño el mío!... ¡Tampoco
la tendría yo de vos!

PED. ¡Que error!

MARG. La tendría, sí,
como la tuve, ha un momento,
al veros falto de aliento
aparecer por allí. *El precipicio del foro.*
Y al verme vos desolada
me hostigáis con saña cruel,
á mí que diera por él...

PED. ¡Sigue!

MARG. ¡Mentí!—Por él... nada...
¡Si le aborrezco! Y es llano
que, de mi odio en castigo,
vengáis á acabar conmigo...

Nicolás de Marí, llama con misterio, fuera, detrás de la puerta de la izquierda:

MARÍ ¡Margarita!

MARG. *Colocándose entre la puerta y Don Pedro, á éste, en voz baja, con desesperación, lanzándole las palabras á la cara.*

...¡Y con mi hermano!
Fuerza es que él también sucumba.

MARÍ *Golpeando la puerta:*

¡Abre!

MARG. El mismo lo reclama.
¡Llama, desdichado, llama
á la losa de tu tumba!

A Don Pedro, señalando la puerta, con sonrisa de desolación.

—Cuanto me queda y espero
en este mundo... Y si os ve...
os mata ó muere... Lo sé,
le conozco... ¡Y no lo quiero!
¡Ni él, ni vos!...

PED. Abre: le acojo,
le amparo.

MARG. *Con credulidad:*

¿Sí?...

Volviendo á oponerse:

—¡No!

PED. ¿Aun recela?...

MARG. Aun el espanto me hiela
de vuestro reciente enojo.

Entra Sicart con precipitación y alborozo, y á un movimiento de Don Pedro, retrocede, se descubre y se inclina.

ESCENA VIII

DICHOS—SICART.—*Mucha rapidez en ésta y la escena siguiente*

PED. *En voz baja:*
¿La galera?...
SIC. Es nuestra ya.
PED. ¿Marí... y el otro?...
SIC. Han saltado
la tapia y los he cercado.
PED. Bien, Sicart: volved allá...
MARG. *Con sorpresa é indignación:*
¿Sicart!
PED. Y esperad que os llame.
SIC. *A Don Pedro, después de mirar de soslayo á Margarita:*
(Si ella grita le tapamos
la boca y nos la llevamos...)
MARG. *Ha comprendido:*
¿Es Sicart... ese otro... ¡infame!
Sicart que se ha vuelto complacido y ceremonioso para contestarle, se contrae y se retira.

ESCENA IX

DON PEDRO Y MARGARITA

PED. El peligro es manifiesto
en el corral...
MARG. *A través del cerrojo que tiene en la mano:*
¡Huid!
PED. . Y tratan
de evitarlo.
MARÍ *Fuera, como queriendo hundir la puerta.*
¡Abre!
PED. ¡O los matan
los que los cercan!
MARG. *Abriendo:* ¡Ah!
PED. ¡Presto!

ESCENA X

DON PEDRO *á la derecha.* MARGARITA, NICOLÁS DE MARÍ Y SANTACILIA *á la izquierda: éste echa el cerrojo.*

MARÍ *Ha entrado furioso, y al reconocer á Don Pedro dice con calma feroz sin hacer caso de Margarita que le abraza:*

Le hallo.—Menos mal.

MARG. Espera...

PED. ¿Con que sois?...

MARÍ El mismo, sí:
preso... Nicolás Marí:
libre... Gastón de Cabrera.

MARG. Se lo he dicho yo, Gastón,
y á perdonaros se apresta.

MARÍ *Rechazándola:*
Pero ¿qué mujer es esta
que concierta mi perdón?
¿Eres tú, pesia mi nombre,
quien nos delató y le cita?
¿De qué y á qué precio—¡quita!—
me otorga perdón ese hombre?

MARG. ¿A qué precio... precio?... ¡Calma,
honra mía!—No deliro...
Mirándole á los ojos con suprema indignación:
¿No ves que vivo... y te miro!

MARÍ *Abrazándola:*
¡Si te quiero con el alma!

MARG. ¡Mentira... aparta!

MARÍ Desecha
tus enojos.

MARG. ¡Desalmado!
¡Cobarde... ¿y no me has matado
cuando nació tu sospecha?

MARÍ *A Don Pedro sin mirarle:*
¿Lo oís?
A ella: —Anda, sé implacable.

MARG. ¿Dar yo... por él... recompensas
con mi?... ¡Eh!... ¿que cosa piensas
que eres... y soy... miserable!

MARÍ ¡Pues... mi hermana!
MARG. *Con ternura:* ¿Y vos aquí,
Santacilia?... (¡Quieta, ay triste!)
A un movimiento de Don Pedro se ha contenido y contiene á Santacilia, y dice á Marí con ira:
¡Insensato! ¿á qué viniste?
MARÍ Vengo... ¡á hacer algo por ti!
SANT. Como debes.
MARG. Hazlo pues
y á mi voluntad te ajusta...
MARÍ Y por la memoria augusta
de nuestro padre.
MARG. Después...
MARÍ Cálmate.
MARG. ¿Yo? Tú modera
los rencores de tu pecho.
MARÍ *A Don Pedro:*
¿Y mi padre? ¿Qué habéis hecho
de Bernardo de Cabrera?
Lo sé: le mató—y la historia
te acusará aunque la enfrenes—
tu codicia de sus bienes...
y tu envidia de su gloria.
PED. Eres... su hijo.
MARÍ Y pues lo soy,
y huyo... y salis á mi encuentro...
de su verdugo aquí dentro
á verter la sangre voy.
SANT. *Interponiéndose:*
Señor .. movida á piedad
que explota el adverso bando,
en pro... de ellos, se está alzando
contra Aragón la ciudad.
Hace el peligro mayor
la ausencia en qué la dejasteis
de las tropas que mandasteis
á perseguirnos, señor;
y en Ibiza, ayer tan fiel
y hoy presa del castellano,
proyecta un golpe de mano
sobre Palma Pedro el Cruel.
Con vos llevadme: en mi abono

juro dar en recompensa
mi acero á vuestra defensa,
y mi sangre á vuestro encono.
Que si al fin todo lo ofrezco
la culpa de todo es mia,
sirviendo... á quien no debía,
y amando... á quien no merezco.
Ya la oisteis: baste pues
á que vuestro amor colija
que ha de ser tan buena hija
como casta dama es.
Y dejadles ir...

MARÍ ¡Tened...
que no es bien que á escuchar llegue
á nadie que por mí ruegue
á Pedro del Puñalet,
mientras, de mi nombre en mengua,
cobarde prófugo dejo
á los míos y me alejo...
A Margarita:
¡Oh! por ti... ¡Miente mi lengua!
¡Por mi honor amenazado
tras el cual, como un bandido,
arrastrándose ha venido...
Volviéndose á Santacilia:
vuestro reptil coronado!

MARG. *A Don Pedro yendo á postrarse:*
¡Piedad de mí!

MARÍ *La sujeta, amenazándola con la mano en la daga:*
Sí por Dios.
A Don Pedro:
¡De ella!
A ella por Don Pedro:
—¡Y de él!

SANT. *A Don Pedro, en tono amenazador, defendiendo á Margarita y poniéndose en primer término:*
¿Que no!...

PED. ¡Agotada!
Con un rugido, agotado el esfuerzo que para dominar la fogosidad de su ira, propia de su carácter y su edad, le ha prestado hasta aqui el instinto solapado y el dominio de sí mismo que después hicieron de este monarca uno de los primeros politicos de su época.

MARÍ *Desnudando la suya:*
¡Pedro del Puñal... tu espada!
PED. ¡La Horca para los dos!
¡Y ojalá no fuera ley!
—Nunca pensé que pudiera
sucederme que sintiera,
siendo tan hombre, ser rey.
MARÍ *Con ironía:*
¿Os duele?
PED. ¡Sí: como un lazo!
La justicia que castiga
á castigaros me obliga...
y no puedo por mi brazo.
MARÍ De Aragón según el fuero,
más que vos valemos dos,
y uno tanto como vos.
Reñid... conmigo primero.
PED. Quien ciñe nuestra corona
en la revuelta pelea,
al hierro da, mas que sea
del soldado, su persona.
Pero ahoga su valor
y su brazo enfrena y prende
si el adversario desciende
desde enemigo á traidor.
MARÍ En redes traidoras preso,
fué mi padre ajusticiado
por leal...
SANT. ¡Eso!
MARÍ Y honrado.
PED. ¡Mentís los dos... que no es eso!
Porque osó á mi poderío,
y se dijo... que apoyaba
á mi hermana... ¡y me negaba
que este reino fuera mío!
Pausa:
—Si en la tumba que le encierra
—¿que es tu padre?—eso negara
el mío... Si yo atentara
á un solo palmo de tierra
de Aragón... sin vacilar,
hundiéndome en un abismo

de eterno oprobio... ¡á mí mismo
me mando decapitar!
—¿Qué sabes tú de esa historia?
¿Hubo agravio? Habrá desquite.
Dame luz que rehabilite
de tu padre la memoria,
seguro de que me cuadre.
¿De qué deduces que fué
inocente? Habla.

MARÍ *Sin saber que contestar:* ¿De qué?...

MARG. *Ha permanecido apoyada en la escalera, detrás de Marí y Santacilia, presa de angustia y sobresaltos; baja á colocarse entre Don Pedro y Marí, y dice á éste con imperio y como queriendo taparle la boca:*

¡Calla!

Vuélvese con brío á Don Pedro; tampoco sabe que contestar, y acaba por decirle, como le parezca á la actriz:

—¡De que era mi padre!

MARÍ ¿Os basta?

PED. *Dá unos pasos hacia Marí y le dice con gravedad, presentándole el pecho:*

Pues si él viviere,
y piensas que á tanto osara
que al regicidio bajara,
¡hiere, regicida, hiere!

MARG. ¡Mi padre no!

MARÍ Considera
que ese es...

MARG. ¡Discursos prolijos!...
¡Nosotros somos los hijos
de Bernardo de Cabrera!

PED. Dado que en él hubo solo
error, no intención traidora,
¿quién le está acusando ahora
de lesa-patria y de dolo?
¿Yo que le quiero absolver,
ó tú que envuelves, precito,
su lealtad en un delito
que no pensó cometer?
¡Arroja la espada é inmola

con un cuchillo mi vida
y tu raza .. regicida!

MARÍ *Bajando la espada, rebelándose contra su desaliento:*
¡En guardia!...

PED. *Le vuelve la espalda pausadamente, no con desprecio, y murmura con satisfacción:*
(¡Es ya mío!)
Llama á la puerta de entrada, sin arrogancia:
¡Hola!

ESCENA XI

DICHOS—SICART Y GUERREROS

SIC. *Aparte á Don Pedro:*
(Cosa grave está ocurriendo
en la ciudad: con urgencia
reclaman vuestra presencia.)

PED. *Indicando que es para Margarita: á uno que se vá:*
Su litera.

MARÍ *A Santacilia, entredientes, con ferocidad:*
(¿Vas oyendo?
Si muero... ¡mátala!)

SANT. (¡Ah! no...)

MARÍ (¿No la amas?)

PED. *A Margarita:* Tranquila ven...

SANT. ¿Quién nos la arrebata?

PED. ¿A quién?...
¡A Dios la arrebato yo!
Margarita retrocede espantada, y Mari dice con sarcasmo:

MARÍ ¡Y aprisa! El deber nos llama
á palacio... y la honra... y todo.
Por él y Santacilia:
Nosotros... codo con codo;
y en la litera... su dama.
¡Vamos!

MARG. *Inmóvil, como un gemido ahogado:*
¡No!

MARÍ Y para mayor
contraste, como galeotes
los dos... con guardia de azotes,
y ella... con guardia de honor.

MARG. ¡No!

SANT. *Con desesperación, metiendo mano:*
¡Claro está!

MARG. *Contiene á Santacilia y á Mari, y llama á Don Pedro hacia el proscenio de la derecha.*
Y escuchad.
Aparte á él con voz convulsa, como fuera de sí:
(No á jurarlo me obliguéis...
Vos jurad que me creeréis...)

PED. (¡Que exaltación!...)

MARG. (Es verdad...
Y pues que al fin lo proclamo,
después de todo... es forzoso
ser vos también generoso...
como el amor.)

PED. (¡Habla!)

MARG. (¡Te amo!)

PED. (¡Margarita!...)

MARG. (¡Vuestra!—Ahora,
seguro del amor mío,
dejadnos ir...)

PED. ¡Desvarío!

MARG. ¿Qué!...
Se acercaba á Mari y Santacilia, y se ha parado con estupor. Breve silencio. Hace el ademán de haber comprendido mal la negativa de Don Pedro, corre, ase de las manos y con violencia á aquellos dos como para arrastrarles hacia la puerta de entrada y dice al grupo que la obstruye:
Abrid paso, sin demora...

PED. ¡Nunca!

MARG. ¡Cruel!

SIC. *Saliendo de entre el grupo y anunciando:*
La litera.
Movimiento general.

MARG. (¡Van á matarse!)
Recorre con la vista la escena y al fijarse en el foro, se estremece como concibiendo un proyecto horroroso, y dice:
¡Valor!

PED. ¡Te amo!
MARG. Y me place, señor...
A Mari y Santacilia que se mueven con indignación:
¡Y me alegro!—¿Qué os altera?
¡Que me idolatre!... ¡Oh! fortuna...
PED. ¡Con el alma!
MARG. *A Mari:* Eso nos venga...
¡Y lástima que no tenga
para amarme más de una!
PED. Serénate.
MARG. ¡Así discurre
el delirio que me acosa!
¡Si vierais, señor, que cosa
tan horrible se me ocurre!
PED. ¿Que intentas?
MARG. Ir á implorar...
por vos.
PED. ¡No quiero perderte!
¡Ea... á Palma!
MARG. ¡Antes la muerte!

Los guerreros se adelantan para prender á Santacilia y á Mari, y éste va á acometer á Don Pedro. Margarita salta al antepecho del mirador, y en actitud trágica grita:

¡Atrás ó me arrojo al mar!
Páranse todos con terror y espanto.
SIC. (¡Que se eche!)
PED. ¡Nadie se mueva!
—Mira... ¡Sí... atrás!... ¿De qué modo
quieres?... ¡Id los tres!... ¡Sí... todo!...

ESCENA XII

DICHOS—DON PEDRO DE JÉRICA *vestido de mallas.*

JÉR. *Penetra en el grupo de la derecha que ha retrocedido y le abre paso silenciosamente, y va á hablar á Don Pedro al oido y por la espalda, con voz fatigosa y clara:*

Venid. Palma se subleva.
La perdéis.

PED. ¡Suerte maldita!

Vuelve con timidez la vista, interroga con ella á Jérica que le contesta con un gesto afirmativo, y exclama con suprema angustia:

¡Mi Mallorca... y mi alma!

A Margarita, para que se fije en él:

—¿Ves?...

Frenético, yendo á clavarse el puñal en el corazón:

¡Baja ó espiro á tus pies!

Margarita da un grito desgarrador, salta para detenerle, y corren ambos á abrazarse.

MARG. ¡Ah!... ¡Inicuo!
PED. ¡Aquí... Margarita!

TELÓN

ACTO TERCERO



Decoración del acto tercero pintada por D. Ricardo Anckerman para el estreno de la obra.

ACTO TERCERO

Cámara del palacio real de la Almudaina en Palma: estilo gótico. Á la derecha la puerta de entrada y en segundo término una ventana que mira al patio del alcázar. A la izquierda, enfrente de la de entrada, otra puerta que se cierra con un tapiz y comunica con habitaciones interiores. En el fondo dos arcos grandes que dan entrada á una ancha galería, dividiéndola en dos compartimientos que, vistos por el espectador, terminan, el de la derecha en una balaustrada en cuyo centro se marca el arranque descendente de una escalera que baja al mar que se divisa en lontananza; y el de la izquierda en un antepecho mural que dá al exterior del alcázar. En el intercolumnio de los arcos la armadura gigantesca de Jaime el Conquistador sobre un pedestal con puerta secreta que al abrirse deja ver un arco estrecho para dar paso á una sola persona de frente.

En el ángulo de la derecha una mesa pequeña con recado de escribir.

ESCENA I

SICART *sentado á la mesa*

Escribe dictándose:
«—Y el Rey fué alevosamente atraído á la choza de pescadores para asesinarle...
Declama.
Esto es falso y calumnioso;
pero... pero nos conviene
que la Crónica hable así.
Y luego, en tiempos como éste...
El de los tres Pedros: Pedro
el Ceremonioso, el peje
de Aragón: Pedro el Cruel
de Castilla, el rojo imberbe,
como el de Aragón le apoda:
Pedro el de los portugueses
que exhuma y corona luego
á Inés de Castro que hiede;
mucho del pastor Viriato
el bandido, algo del héroe.
Y de gracia, á fin de que
con el triunvirato tercien,
Carlos de Navarra, el Malo,
que al mejor postor se vende;
tan malo que hasta es cobarde,
y envenena y hurta y teme;
y en Granada el rey Bermejo,
moro al fin, ladrón y hereje.
Vuelve á dictarse.
...Y en la choza primero, y después á las puertas de la ciudad que los sublevados se negaban á abrirnos, don Pedro de Jérica, para que las abrieran, ha jurado que los dos hermanos esta mañana podrán embarcarse libremente en la galera del patrón Galiana. Y dijo el Rey—«Otro sí: Nos mandamos que se les restituyan los lugares y honras que

fueron de su padre nuestro Gran Maestre Justicier, vizconde de Cabrera, conde de Módica y de Osona y Almirante de Aragón. Y damos por bueno al rico-hombre Berenguer de Mallada que retó á muerte y en público pregón, á cuantos acriminaban al dicho nuestro Almirante.»—Y la hija rompió á llorar y el hermano también; pero en seguida se irritó con ferocidad y sangre en los labios, y ella cayó sin sentido, y la creimos muerta; pero volvió...

Declama.

¡Bien pudo caer sin vida!
Por menos hay quien se muere.
Pero, señor ¿en qué piensa
su Alteza; cómo les vuelve
los bienes que se ha gastado
en la anexión, cabalmente
en castigo de que el padre
se opuso á la misma siempre?

Se asoma á la barandilla del foro y dice con disgusto y burla sarcástica:

Ya atracó al embarcadero
la nave.—¡Aguardad, imbéciles!

Baja otra vez hacia el proscenio.

Y ese aturdido Marí...
¿Quien pudo soñar que fuesen
Margarita y él los hijos
de la víctima inocente
de su Alteza... y de Alagón?
Por de pronto me conviene
reconciliarme con esa
niña, ya que el Rey no quiere
soltarla... ¿Que así quebranta
el juramento solemne?...
¡Bueno!—Palabras y plumas
y... Por algo se le tiene
por uno de los monarcas
más enteros y potentes
del orbe.

Siéntase y vuelve á escribir.

ESCENA II

SICART y JIMENO

JIM. *Ha subido por la escalera del foro; se acerca á Sicart, vá á descubrirse con respeto y se detiene.*

¡Forte, Galiana,
que no es el Rey!

SIC. ¿Qué se ofrece?

JIM. *Le reconoce y murmura, encasquetándose más el birrete que iba á quitarse:*

(A éste le cuelgo á mi entena.
Es el patrón de papeles
del Rey y el otro tunante
de Alagón.)—¿Qué hay? Que mi gente
se atufa... y gruñe... el zapato.
—Por esta escalera debe
bajar Margarita á bordo.
¿Baja ó nó?

SIC. No se impaciente.

JIM. No me fío... de la racha;
y como es calva conviene
asirla por un cabello
antes que amaine ó nos quiebre;
que hoy aquí, desde el patrón
á la rata del grumete,
nos jugamos... la carena
de los domingos.

SIC. ¿Quién eres?

JIM. No es lastre: el patrón Galiana.
Con que, al avío; y no intenten
ir ronceando y ganar tiempo
hasta que á Palma regresen
vuestras tropas, y esa dama
y el juramento se queden,
ella en tierra... y él en blanco.
En plata: á sucio me huele
que obliguéis á esa infeliz
á pasar, mal que le pese,
por aquí para embarcarse,
habiendo un puerto escelente.

A bien que andan los Jurados
sobre aviso y me la tienen
en la Seo custodiada,
con promesa... que no miente,
de no dejarla hasta abordo
sana y salva en mis poderes.

SIC. Para lustre de la dama
que se embarque el Rey prefiere
en la rada de palacio...
si algo nuevo no acontece...

JIM. *Mirándole con escama y besándose las manos cruzadas.*
Por estos diez mandamientos
juraría yo diez veces
que á lo que habéis prometido
dais ya cepo y torniquete.

SIC. *Acercándose á él, persuasivo:*
Mal andas... con tu carena
de los domingos. ¿Qué os mueve?...

JIM. Lo que á vuestro rol le falta:
la gratitud; y no siempre
somos... ni aun los reyes son
ingratos impunemente.

SIC. ¡Lenguaraz!

JIM. *Mostrando los brazos.*
De remos largos,
vista larga y genio breve.
—¡Forte!... Si esa secuestrada
no baja inmediatamente
á embarcarse en mi galera,
subo con mis menesteres
de zafarrancho, y armamos
el belen de los belenes.
Al retirarse por el foro, mira con disimulo á todos lados y dice aparte muy marcado:
(Esa mina subterránea
¿por donde irá y donde viene
á desembocar?)

SIC. *Afable y solícito de nuevo.*
¿Meditas?...

JIM. *Por la del intercolumnio.*
¿Es la armadura del héroe
que de Mallorca al rey moro
botó, de la barba asiéndole?

SIC. Del Conquistador.—¿Qué miras?

JIM. *Le vuelve la espalda con desprecio, y encarándose con la armadura contesta á Sicart y se descubre ante ella.*

A un hombre.—¡Tú lo mereces!

ESCENA III

SICART y después DON PEDRO DE JÉRICA *con un pergamino en la mano.*

SIC. En la adversidad rastreros,
y en la fortuna insolentes.
Se asoma á la puerta de entrada.
—Oigo pasos.—Es don Pedro
de Jérica: triste viene.
Otro Bernardo Cabrera,
tan mirado y... Sólo que éste
transige: Cabrera nunca.
Y trae, según parece,
el mensaje... que me suena
á reto... ¡Vengan reveses!

JÉR. ¿Su Alteza?...

SIC. Va recorriendo
las posiciones más débiles,
y en su defensa reparte
la escasa tropa que tiene.

JÉR. Y las que al amanecer
destacamos ¿aún no vuelven?

SIC. Allá van una tras otra
órdenes de que regresen
pronto; pero en los caminos
ocultas bandas de aleves
interceptan nuestras órdenes
y á los emisarios prenden.

JÉR. ¿Es decir?...

SIC. Que aunque parezca
Palma una balsa de aceite,
no hay, de murallas adentro,
más tierra que nos sustente

que la que en este palacio
pisamos.

JÉR. ¿Y qué pretende
Don Pedro? ¿Se obstina aún?...

SIC. Se obstina en no desprenderse
de Margarita: el conflicto.

JÉR. Confunda el cielo á quien tiene
la culpa.

SIC. Aquel intrigante
de Alagón...

JÉR. ¡El y vos!

SIC. Siempre
reprobé...

JÉR. Digo mal. ¡Vos
y el!... que para distraerle,
y aspirando al monopolio
de sus más altos poderes,
le azuzasteis á ese amor
que le avasalla y nos pierde.

ESCENA IV

DICHOS—DON PEDRO *por el foro, derecha.*

PED. Tardabas ya.—Ese corsario
de Castilla ¿á qué se atreve?

JÉR. *Inclinándose y presentando el pergamino:*
Vedlo: el mensage de Ibiza.

PED. Esa isla me pertenece,
y no es de Ibiza el mensage.
Es de Pedro el Cruel que en breve
tendrá que desalojarla.
Toma bruscamente el pergamino y muestra el sello á Sicart.
—¿Es falso?

SIC. Su sello es ese.

PED. *Lee:* «—Rey: hacemos saber nos Don Pedro Rey de las Castillas aliado de Don Jaime Rey de Mallorques, á vos Pedro de Aragón, que si no os desapoderáis seguidamente, co-

mo sois tenido á hacer, de los dominios de vuestro cuñado y non firmáis las posturas de paz que otorga, acordante el Papa, tendremos que ir con nuestras naos á Mallorques y, por aquella manera, que sabéis y doléis, usamos nos con vos y vuestros naturales, tendremos que hacer valer el dicho señorío, como aquí en nuestra isla de Ibiza donde enviamos nos á vos la presente requisición con nuestro sello de la puridad á los veinte y dos días andados de Junio...»

Mira en derredor como buscando á quien acometer:

Y en aguas de Ibiza, mías,
ese... nuevo Cid... se mece.

Estruja el pergamino; se repone; lo coloca pausada y cuidadosamente sobre la mesa; lo raja con el puñal, y dice, mostrando una cicatriz en la mano izquierda y después el puñal:

Aquel fuero—aquí al rajarlo
me lastimé y deja verse
la cicatriz—aquel fuero
que hizo más grande y más célebre
á mi pueblo de Aragón
que cuantos monarcas tiene
Europa, era... irrespetuoso,
y lo rajé... y fué con este.
—Si se lleva igual caricia...
eso... ¿que más honra quiere?
—¿Qué atropello Pedro el Cruel
cometió con Micer Téllez?

SIC. Que siendo parlamentario
vuestro y sagrado por ende,
y á más con salvo-conducto,
se fué, le habló y volvió Téllez
con la lengua taladrada.

PED. Pues hay que corresponderle:
su emisario irá sin lengua
para que mejor le entere.

SIC. Voy á transmitir...

JÉR. *Indignado:* ¡Volad!
A Don Pedro:
No ha saltado á tierra: desde

popa dióme el pergamino
y se largó.

SIC. Si le hubieseis
instado con maña...

JÉR. Ved,
señor, que es preciso, urgente
que se cumpla el juramento.

PED. Que tú empeñaste...

JÉR. ¡Y cien veces
lo empeñara por calmar
á aquella mísera!...

PED. ¡Llégate...
que has ido derecho al alma
y el alma te lo agradece!

JÉR. *Después de besarle la mano:*
Probadlo: por y para algo
son más que humanos los reyes.
¡Que partan!

PED. ¿Temes, si no,
que sin Mallorca me quede?

JÉR. ¿No es ya vuestra?

PED. Antes consumo
aquí, si preciso fuere,
cuanto poseo y mi sangre...

JÉR. ¡Y la nuestra!

SIC. Y nuestros bienes.

JÉR. ¡Y las carnes y los huesos
de nuestras propias mujeres!

PED. ¡Y qué mal que nos conoce,
si echarnos piensa, esa gente!
¡Hipócritas! Pues ¿no dicen
—y se arman hasta los dientes—
que sólo su compasión
por los Cabrera les mueve
á hostilizarnos así?
Esa doblez más me hiere
que todo. ¡Ay de esos piadosos
al trocarse los papeles,
cuando ellos sean .. la cólera,
y yo... yo la fuerza!

JÉR. Observe
su Alteza, que Margarita,

aunque vé que la enaltece
vuestro amor, ha de esquivarlo;
que es Cabrera.

SIC. *Con cinismo:* ¿Y qué?

PED. *A Sicart, asintiendo, después de haberse estremecido:* La nieve
de sus años.
A Jérica: —¿Ves?

JÉR. Que estamos
sobre un volcán, y si hoy viene
á apoyar Pedro el Cruel
con su flota á estos rebeldes...

PED. ¡Se la copo... á buena cuenta
de las joyas que retiene
de mi madre, y mi madrastra
se llevó furtivamente!

SIC. Un tesoro.

JÉR. Inestimable.
¡De aquella santa proceden!

PED. Con ellas acuño yo
moneda y recluto gente
para ir... hasta á echar un surco
en Francia si á mano viene.

JÉR. *Disintiendo:* El francés es nuestro aliado...

PED. Mejor, más fácil de hacerse.
—Viejo... no vuelvas á hablarme
de Cabrera.

SIC. Sí, que ofende...
¿Quién se acuerda ya?...

PED. ¡Yo no!...
Un punto de silencio. A Jérica:
—¿Decías que es inminente
una lucha á sangre y fuego?
¡En ella deseo verme
para hartar con sus horrores
al áspid que me remuerde
y que tu aprensión senil
despertó!
A Sicart: —¿Que más no piense
en Cabrera? Eso debisteis
cierto día encarecerme
vos y Alagón, en lugar

de aconsejarme su muerte.
—¡Basta!—¿Sabéis donde guardan
á Margarita?

SIC. *Con viveza y como adivinando la intención:*
Ahí enfrente,
muy cerca.

PED. Mas no en palacio.

SIC. ¡Ya!

JÉR. *Receloso y serio:*
¡En la Seo!

SIC. *Con ironia:* Por... alegre...

JÉR. ¡En el sagrado inviolable
del templo!

SIC. Con eso entienden
los Síndicos preservarla
de cualquier... ¿Queréis que pruebe
—sin que lo sepa su Alteza—
á bajar á sorprenderles,
y os la traigamos... de grado...

JÉR. ¡Sacrílego!

PED. *Impuesto á pesar suyo:*
Razón tienes.

JÉR. ¿Lastimar, hollar de un pueblo
lo más venerando!...

PED. En breve
por aquí han de acompañarla
al bajel, y apenas lleguen
á palacio, serán presos
todos y como rehenes
de la ciega sumisión
de Palma han de responderme.

SIC. Tardan pues.

PED. *Como si hallara en la frase intencionada de Sicart la confirmación de un recelo propio.*
¿Y si la embarcan
en secreto esos aleves
en otra cala?—¡A la Seo,
Sicart, y á la fuerza!... ¡Vente!...

JÉR. *Procurando contenerle:*
¿Ir vos como un salteador
á profanar el albergue

donde ayer os coronasteis?
¡Iré yo, yo... negra suerte!...
¿Queréis perder estas islas?

PED. ¡Antes que ella... ésta!

La cabeza. Se precipita, seguido de Sicar y Jérica, á la puerta de entrada, y se para y detiene á los demás al oir rumores y una música pausada de oboes que se aproximan por el patio.

—¡Tente!...

SIC. *A una señal de Don Pedro, se asoma con sigilo á la ventana, y dice en voz baja:*

Que van entrando en el patio
por ambas puertas.

PED. ¿Y viene?...

SIC. Por una el clero y nobleza,
y por la otra la plebe.

PED. *Con furia y creciente inquietud: todo á media voz.*

¿Margarita?...

SIC. No la veo.

PED. Míralo bien.

SIC. No parece...
¿Nos habrán burlado? ¿Habránla
embarcado ya?

PED. *Con ferocidad:* ¿Eso temes?

A Jérica como culpándole de todo:

—¿Ves, Jérica?

SIC. ¡Ella!

PED. ¡Respiro...
y tiemblo!

Radiante de alegría y señalando al patio:

—¡Por esa endeble
criatura!

SIC. ¡Oh! y que hermosa!

JÉR. *Que se ha asomado también con cautela.*

Y pálida... Mucho debe
sufrir.

PED. ¿A quien pedir cuentas
de su palidez, á quienes?

Una voz dice desde el patio, con gravedad:

VOZ ¡Viva Pedro cuarto!

OTRAS ¡Viva!

PED. ¡De esos la culpa!

A Sicart y Jérica, indicándoles que se retiren de la ventana porque no los vean.

—¡Acá!—¡Que entren,
que entren!... Cuantos más prendamos
podremos ser... más clementes.

Bajo, á Jérica, escuchando la música del patio.

¡Y vive Dios que me siento
capaz de serlo!—¿Que quieres?
¡Otra flaqueza!—Esa niña
vence á tu Señor... me vence.

Con espansión, mudando de tono:

—Ahora tú...

Se interrumpe y dice á Sicart:

—¿Cierran el patio?

SIC. *Desde la ventana donde ha corrido á asomarse:*

Cerrado.

PED. (¡Perfectamente!)

Otra vez á Jérica con espansión y gallardía:

—Ahora tú, de los cien próceres
de mi mesnada, tú que eres,
con ser el más valeroso,
el de las frases corteses,
baja á los estrados, diles
que vaya donde quisiere
Marí... y Santacilia; pero
Margarita... Cuando quede
libre del tirano influjo
que en ella su hermano ejerce,
irá, escoltada por mí,
donde su albedrío ordene,
que esto el Rey, por caballero,
á ella, por dama, le debe.

JÉR. Es que ausentes nuestras tropas...

PED. Si de eso se prevalecen
los de afuera, y el alcázar
á asaltarnos se atrevieren,
al asalto... ¡las cabezas
de clero, nobleza y plebe!
A la paz ramos de olivo,
á la guerra... ¡todo!—Vete.

A Sicart:
Id y avisad si la flota
del de Castilla aparece.

Vánse Jérica por la puerta de entrada, y Sicart por el foro del mismo lado.

ESCENA V

DON PEDRO

¡A verla, sin dilación!
¿Para cuando el alborozo?
—Pálida y sufre y... ¡Que gozo
sintiera su corazón...
y el mío roto en pedazos
por no se qué que me doma,
llamarla y decirle ¡toma!
y echarle el padre á sus brazos!
Y no puedo: aunque rey fuera
de este y el otro hemisferio,
y fuera mío el imperio
de los astros... no pudiera.
¡Que fatales consecuencias!
Y no hay previsión alguna
contra... Y si por miedo á una
de esas raras contingencias
de todo se han de abstener
aún los pocos elejidos
¿á qué quedan reducidos
la voluntad y el poder?
—Ingrato fuí y despiadado
con Cabrera: he de culparme;
más no debe exasperarme
que hoy su hija... Bien mirado...
si amó á su padre debió
quererle como—no más—
como quieren los demás
á los suyos... como yo.
Y siendo así, nada importe
que al pronto me esquive... Y luego,

es mujer, me ama y la entrego
al esplendor de mi corte.
Fácil me será sus sañas
vencer.—¡Extraño ruído!
Párase y mira con sorpresa á todos lados.
Me parece haber oído...
Cuentan cosas tan extrañas
de este palacio real...
Que hay quien se filtra á deshora...
¡Sueños de la raza mora!
¡Una leyenda oriental!

ESCENA VI

DON PEDRO—SICART

SIC. Señor...
PED. Era Sicart.
SIC. Nuestra bahía
surca veloz la castellana flota;
y al ver presa á su gente en el alcázar,
acuden á asaltárnoslo esas hordas.
PED. ¿Qué más?
SIC. ¡Señor!...
PED. ¿Qué más? Pero ¿qué hacen
mis naos y peones que no tornan?
¡A la torre del Angel!—Hacia Oriente
mira si allá en el horizonte asoman
las barras de mi enseña... ¡fíjate hasta
saltársete los ojos de las órbitas!
Váse Sicart por la puerta de entrada.

ESCENA VII

DON PEDRO

¡A ser rey el amante!—No le pidas
cuenta, oh patria, al amor que me trasporta.

Tuya es mi ambición, mi vida tuya...
de Margarita el alma, de ella toda.

Vase hacia la puerta de la derecha; se detiene, y aplicando el oido hacia la armadura, dice:

De nuevo ese rumor... De allí ha salido...

Mira de arriba abajo la armadura, y de entre una oleada de rumores por el foro, gritan:

VOZ ¡Abajo el de Aragón!
OTRA ¡Traición!
PED. ¡Apóstatas...
que hace un momento me aclamaban!...

Las voces y rumores se alejan y estinguen, en tanto que Don Pedro apostrofa á la armadura con acento ahogado por la ira.

—¿Oyes?
«—¡Abajo el de Aragón!»—¡Oh! si tu sombra,
Jaime el Conqueridor, corrida vaga
de tu armadura en las revueltas cóncavas,
oye á tu raza que á tu raza expulsa
y de tu... excelsa previsión... se mofa!
Y hace bien. ¿De que olímpica grandeza
la gracia extrajo tu arrogancia loca
para partir entre tus hijos reinos
con mano torpe y de lo ageno pródiga?
Tú el criminal que la legaste á otro,
y mía debió ser, mía, Mallorca.
Y lo es, lo será... ¡mas que tuviera
que sumergirla con tu ruin memoria
en piélagos de lágrimas y sangre
envenenados con mi sangre propia!

Abrese el pedestal de la armadura y aparece Santacilia que, medio asfixiado, se agarra al pedestal, mientras Don Pedro dice para sí ocultándose detrás del tapiz de la puerta de la izquierda:

¡Jesucristo!... ¿Que es esto?... ¡Santacilia!...
¿Qué tramará?—Le acecharé...

ESCENA VIII

DON PEDRO *detrás del tapiz*—SANTACILIA

SANT. Me ahoga,
si dura un paso más la larga mina,
el aire denso de su estrecha bóveda.
—¿Donde estás? ¿Que es de ti?... Vengo á librarte
de quien debes odiar y á quien... no odias;
del felón ese que hoy soltarte jura,
y hoy fe y honor y juramento viola.
—Por servir los destinos de mi patria
parcial de ese hombre constaré en la historia;
que en los servicios de su patria yerran
varones como yo una vez sola.
Fiel le seré, y apenas, Margarita,
en salvo ponga de él tu vida y honra,
por él me haré matar para que sean
tu odio suyo, y mía... tu memoria.

Va á la puerta secreta y escucha.

¿Qué hacéis que aun no llegáis, juramentados?
Perdidos somos si mi plan aborta.

Asómase al muro del foro.

Señas me hace Marí que no comprendo.
—¿Que me quite?

PED. (¡Traidor!)

Le observa por entre la cortina y vuelve á esconderse.

SANT. ¿Me espían?

Va á registrar donde está Don Pedro, y al cojer el tapiz para descorrerlo, cae en medio de la escena, disparada desde el otro lado del muro, una flecha con un papel atado á ella. Suelta el tapiz y exclama, como comprendiendo:

—¡Hola!...

Corre, desata el papel y lee.

«—¡Al abismo tu plan! La mina sólo da paso á un hombre de frente, y los que te seguían han caído asfixiados uno tras otro, obstruyéndonos todo auxilio. Castilla acude á asaltar con nosotros el alcázar antes que el Puñalet sea socorrido por sus tropas que regresan á marchas forzadas. Salva á Margarita. Te hallas aislado, no inerme; y yo...

yo no puedo mandarte un puñado de rayos para que la defiendas, buen Santacilia. Mas juro á Dios vengarla y vengarte y vengar á la humanidad de ese monstruo, regocijo del infierno. La Providencia que acaba de salvarnos á ti y á mí de la celada en qué ha caído lo mejor de mi bando... ¡y del tuyo!... esa Providencia te echa ahí solo para que seas tú, tú el ejecutor de su justicia. ¡Qué gloria!— ¡Búscale y acábalo! ¡Pronto!... Voy á escalar este muro; pero si muero en el asalto, si llego tarde... ¡Pobre hermana mía, pobre Margarita!...»

Como contestando á Mari:

¡No harás falta!—Leamos...

Intenta seguir leyendo; no puede; repara que el llanto enturbia sus ojos y se los enjuga.

PED. *Observándole.* (¿Es la clave
de la sublevación?)

SANT. *Por el papel, desistiendo de leerlo.*
¡Si esto arde y llora...
como yo!

PED. (Con la vida se la arranco.)

SANT. *Mirando la puerta de entrada.*
¿Sabré herirle... indefenso?... ¡Oh! alevosa
mi hazaña habrá de ser para salvarte,
Margarita... Esto más mi amor te inmola.
—Partirle el corazón en campo abierto,
sol á sol... ¡Imposible!... Me abandona
en poder de esa hiena mi destino ..
¡Ruegos cobardes que la faz coloran!...
¡Ni tiempo para hacerlos me daría!
¡Ni tiempo le he de dar á que los oiga!

Suenan voces en el interior de la derecha.

—¿Es él?—¡Tan pronto!... ¡Sea!...

Quiere esconderse en la puerta del pedestal y retrocede.

—Aquí me asfixio...

Don Pedro ha dado un paso, puñal en mano, temiendo que se escape, y al verle retroceder vuelve á esconderse detrás del tapiz.

¡Es forzoso!—Si es él... ¡que Dios le acoja!

Desnuda la daga y mirando la puerta de entrada retrocede hasta penetrar donde está Don Pedro. Oyese el rumor sordo de una lucha y después el ruido de un cuerpo que cae desplomado.

ESCENA IX

DON PEDRO

Aparece con el puñal en la mano derecha y en la otra el papel que tenia Santacilia. Procura serenarse, y al ir á envainar el puñal se detiene, descorre un extremo del tapiz y dice con ferocidad, mirando adentro, al suelo:

¡Qué pronto has muerto!—Defendí mi vida
como haremos constar en nuestra Crónica.

Suelta con rabia el tapiz y dice, señalando al pedestal:

Allí ocultóse...—¡A ver á Margarita!
—¿Llevo sangre?...

Arroja el puñal detrás del tapiz, y se mira el traje.

No veo... Si ella nota...
¿Ir á causarle nuevo horror... yo propio
que por ahorrar á esa divina obra
un átomo de angustia, sufriría
de cien avernos las torturas todas!
Y me muero por verla... ¡El manto, un manto!...

Como mirando á través del tapiz á Santacilia.

¿Iré manchado con tu sangre odiosa?
Este infame... también como Cabrera,
muerto y todo se venga...—¡Ah! sin demora
leamos esto que tal vez me guíe
para aplastar la rebelión.

Rumor en el interior de la derecha. ¿Quién osa?...

Aparecen por la derecha Margarita despavorida y Jérica que la sigue. Don Pedro suelta con disimulo detrás del tapiz el papel que iba á leer con avidez.

ESCENA X

DON PEDRO—MARGARITA y JÉRICA

MARG. ¡Soltad, dejadme ver á ese perjuro!
JÉR. ¡Febril exaltación! -Volved, señora...
PED. *A Jérica, inmóvil, esforzándose para que parezca natural el mandato.*
Mi manto.

JÉR. *Con extrañeza.* ¿Qué!...

PED. *Con vehemencia.* ¡La púrpura á mis hombros!

Margarita retrocede asustada, sospechando que se trata de alejar á Jérica, y Don Pedro se apresura á decir á éste y después á Margarita:

¡El armiño!—No temas...

MARG. *Deteniendo á Jérica.* ¡No!...

Mira á Don Pedro con indignación y acaba por decirle con sobresalto, compasiva:

—Me asombra...
Vos pálido, vos trémulo... ¿Qué nueva
desgracia me ocultáis?

PED. ¡Misericordia
de Dios!

MARG. *Arrebatada de indignación.*
¡Empieza por la tuya!..

PED. ¡Te amo!...

MARG. ...¡Y tenla de esa gente generosa
que, en pago á su piedad para quien amas,
tus feroces sicarios aprisionan!

PED. ¡Te amo!

MARG. ¡Yo á vos no!—¿Qué haré, Dios mío,
porque me crea!

PED. Calma tu zozobra.

MARG. Dadnos pues libertad.

PED. ¡Si te di el alma!...

MARG. ¡Si no la quiero!

PED. ...Di ¿qué extraña cosa
que ya nunca podamos desprendernos
yo de ti ni mi alma de su gloria?

JÉR. *A Margarita.*
Serenaos: pensad...

MARG. ¿Que es el Rey? Poco
de sus promesas por la fe se nota.

JÉR. Perdonadla, señor.—¡Desventurada!

MARG. ¿Qué, puedo serlo más?... Pero ¿quién doma
los bárbaros trasportes de mi horrible
desconsuelo?—Jamás fuí rencorosa;
y aquí mismo, ahora mismo, al ver... la vuestra...
A Jérica por la de Don Pedro.
es mi angustia mayor con ser tan honda.

PED. ¡Margarita de mi alma!

MARG. Pero ese hombre...
bañado en sangre...

PED. *Mirándose el traje.* ¿Cómo!... Te equivocas...

JÉR. Permitidme, señor, que me retire.

MARG. *Le detiene y abraza, con los ojos arrasados de lágrimas.*
¡Ah! no os vayáis... ¡Qué sola estoy, qué sola!

PED. ¿Sola tú... que estás sola!... ¡El universo
lo estaría sin ti y en noche lóbrega,
el universo que á la par conmigo
te rinde culto y á tus pies se postra!

MARG. Y fué el verdugo de mi padre...

PED. ¡Calla!...
Mintió el primero cuya inmunda boca
imputóme aquel hecho...

MARG. ¡Abominable!
Que mi padre os amaba; hasta á su propia
familia, por serviros... ¡á sus hijos
relegaba, por vos, de su memoria!

PED. ¿A ti... no... no... imposible!

MARG. ¡Por vos!

PED. *Con desesperación.* ¡Cielo!...
¿donde está tu clemencia... redentora!

MARG. *Con sorpresa, creciente alegría y sin acritud ya en la declamación:*
¡Ah!... vuestra redención!... ¡Eso buscaba,
sin darse cuenta, el ansia que me agovia!
Y era su redención. ¿Dónde está, dice?
¡En vuestro corazón si no es de roca!

PED. ¡Haz que salte, que estalle!

MARG. ¿Sí?—¡Oh! entonces
confesad que fué inicua, vil, traidora
la muerte de Cabrera; proclamadlo,
y esa mancha borrad de vuestra historia,
á la faz de Aragón...
Mira desolada en derredor, fíjase en Jérica, y prorrumpe, señalándole con el dedo:
¡Oh! de ese viejo
que calla y os acusa... con su aureola
de canas y virtudes.. ¡Padre mío,
como tú!

PED. ¡Cesa!... No... sigue, redobla...

MARG. Perdonad; pero...

PED. ¡Sigue!

MARG. En vuestros reinos
¿hubo jamás varón de mayor loa
que vuestro ayo Bernardo de Cabrera?

JÉR. *Sin poder contenerse y como para si.*
¡Adorable criatura!

PED. *Volviéndose á él con un movimiento convulsivo.*
Te oigo... ¡Adórala!
¡Es un ángel, un ángel!... ¿Que la suelte?...
¡Dios se arrepiente desde que soltóla!
—Verdad lo que preguntas de tu padre.

MARG. ¡No es eso!. . La hija ha muerto... ¿Quien os nombra
á... mi padre? Ni acuso ni pregunto.
¡La conciencia que acusa os interroga!

PED. ¡Expiación, mi expiación!

MARG. ¡No!... ¡Redimido!
¡Lo que encumbra, señor, no lo que postra!

PED. ¡Verdad mil veces todo! Fuí un ingrato,
un malvado... Mas tú... tú me perdonas...
Movimientos afirmativos de Margarita.
¡Yo á mí no!

MARG. ¿No?

PED. ¡Jamás!

MARG. *Gritando y como buscándole:* ¡Gastón!... ¡Que venga!

PED. *Sombrio y receloso.*
Vendrá; mas. . ¿para qué?

MARG. Para que os oiga
y me perdone.
Mirando al cielo. —¡Mi venganza, padre!
Tu juez contrito tu inocencia abona.
¿Qué más quieres de mí?
Aparte, acongojada. (—Pero no temas...
¡Suya jamás!—Aunque el amor me acosa,
Cabrera soy. Descansa... Y sin embargo...
¡Mucho me cuesta ser Cabrera ahora!)
Volviéndose á Jérica.
¡Que cruel con él he sido! Y es que le amo
y no podía amarle... ¡Así me toca,
y así quiero morir!

PED. ¿Morir y me amas!

MARG. Porque os amo.

PED. ¡Que idea tan monstruosa!

MARG. ¿Qué es de mi hermano, qué de Santacilia?
PED. ¿No es tu hermano Marí? Pues basta y sobra.
El hombre que más quiero. Antes que atenten
al sagrado jamás de su persona,
si no logro aplacarle, como César
á manos suyas moriré si importa.

Suenan otra vez rumores lejanos que se aproximan, y Jérica que se ha asomado á la escalera del foro, baja diciendo:

JÉR. Para llevarse á Margarita, armados
los marineros á subir se aprontan.
Conducidla á otro sitio más seguro,
aquí peligra.
PED. Vamos.

ESCENA XI

DICHOS—SICART

SIC. *Por la puerta de entrada, deteniendo á Don Pedro y Margarita.*
Esas hordas
se apoderan de esta ala de palacio
á sangre y fuego, y cuanto ven arrollan.
Poner en libertad á Margarita
es el pretexto; su intención de zorra
á Don Pedro el Cruel dar este reino
y vos con él.
PED. Sin mí no irá Mallorca:
sin mí... y muerto.—¿Y mis huestes?
SIC. Ya regresan.
JÉR. Por de pronto es urgente que se esconda.
Yo sé donde no la hallen.

Quiere llevarse á Margarita por la puerta del tapiz y Don Pedro lo impide.

PED. (¡Santacilia!)
¡Ahí no!
JÉR. ¿Dónde pues? Ved que si logran
penetrar hasta aquí los sublevados
antes que en el alcázar nuestras tropas,
la perdéis.

PED. *A Sicart.* Anunciadles que en seguida
salgo é impongo la paz á toda costa.

MARG. *Alentada.*
¡Bien, señor! ¿Vais al fin?...

PED. *Contesta con un ademán afirmativo y dice aparte á Sicart y Jérica:*
(¡A ganar tiempo!)

SIC. (Comprendo.)
Desaparece por la derecha donde continúan los rumores.

JÉR. (La impaciencia me devora.)

MARG. ¡Ay de mí!
Palidece, próxima á desfallecer, y Don Pedro y Jérica la sostienen.

PED. ¿Qué te pasa?...

MARG. Desde anoche...
sufro tanto... ¡Opresión más dolorosa!...
Ya cede... ¿No es verdad?—¿Que miráis?

PED. Cede...

MARG. *Desprendiéndose de sus brazos y señalando la puerta de entrada.*
Id pronto...

PED. A conciliar...

MARG. ¡Eso!

PED. Recobra...

JÉR. *Indicando la puerta del tapiz.*
Ocultadla...

UNO *Fuera, al pié del muro del foro:*
¡Mallorca por Castilla!

PED. ¡Por Castilla jamás!

JÉR. Dejad que corra...

PED. Te sigo.
Váse Jérica por la derecha. Los rumores aumentan hasta el final á reserva de que se oiga el diálogo sin tener que esforzarlo.

ESCENA ÚLTIMA

DON PEDRO Y MARGARITA. *Al final* MARÍ, JIMENO Y JÉRICA, *con sublevados, marineros, guerreros, etc., etc.*

PED. *Mira en derredor, rugiendo de impaciencia, buscando en vano donde ocultar á Margarita, y prorrumpe con sarcástica sonrisa:*

¡L' illa d' or!... ¡La isla de oro!

Fíjase en la puerta secreta del pedestal, corre, la abre y dice, calmándose:

¡Ni hecha adrede!

A Margarita, empujándola suavemente.

Ven, entra sin demora.
Nadie aquí te hallará. Vuelvo en seguida.

MARG. *Retrocede asustada y señala la puerta de la derecha.*

Iré con vos...

PED. ¡Al solio!—¿Te abandona
tu valor, ángel mío?

MARG. El de mi guarda
me repele de ahí dentro.

PED. No te expongas
á que suban en tanto... esos galeotes,
y hasta el respeto al sexo tuyo rompan.

MARG. Lo mandáis...

PED. *Como herido de un presentimiento.*

¡No... yo no!... Tu bien comprendes...

Suenan clarines lejos, y dice con alborozo á Margarita que se deja llevar y entra:

¡Mis clarines... la paz, la paz que torna!

Cierra; pasa las manos por la puerta por si hay algo que la denuncie en su exterior, y dice, amenazando los rumores de afuera:

¡Nos veremos al fin!

Mira otra vez la puerta como si sintiera abandonarla.

—Y dócil ella
se ha dejado encerrar... ella, la aurora,
la luz cautiva...

Hace un esfuerzo sobre sí mismo y se precipita á la puerta de entrada.

MARG. *Dentro, golpeando la puerta, con voz apagada:*
¡Abrid... favor... socorro!

PED. ¡Oh! Dios!
Vuelve, abre y recibe en sus brazos á Margarita.

MARG. ¡Aire!... Me asfixio... Mina hedionda...

PED. ¿Una mina?...

MARG. Y cerrasteis...

PED. ¡Desdichado
de mí!—¿Quién fué?...

MARG. ¡No entréis! Letal atmósfera...
El cielo oyó mi ruego: yo quería
morir... ¡Aún no, ya no!... ¡Salvadme!...

PED. Apoya...

MARG. Vos que tanto me amáis...

PED. ¡Sí!

MARG. ...¡Y podéis tanto...
salvadme!

PED. *Con sarcasmo sangriento:*
¡Y puedo tanto!
Al cielo, como arrancándose algo de las sienes:
—¡Toma, tómalas,
mi corona y mi vida por su vida!...
Corrijiéndose y procurando disimular y sonreirse:
¡Ah!... Me exagero... Es natural... Perdona. .
Pensaba amarte allá en el Ebro... ¿Sabes?...
Me engañaba... ¡Es ahora, ahora, ahora...
Dejándose llevar de su pasión.
desde que al Temple me llevó mi estrella,
desde anoche!... ¡Que noche tan hermosa!
Yo haré del Temple... Hemos de hacer del Temple...
¡un edén!...
Comprendiendo el ademán de desaprobación de ella.
¡Y un altar á la memoria!...

MARG. *Interrumpiéndole con vivo asentimiento:*
De mi padre...

PED. ¡Sí, sí!...

MARG. ¡Te amo... y me muero!

PED. ¿Quién habla de morir? ¿Ves?... Ya recobras...
Le quita un puñal que lleva en la cintura,
Un puñal...

MARG. *Precipitadamente:* ¡Arrojadlo! Lo guardaba...
contra mí... ¡Ni esto, no, Virgen piadosa!...
¡Que frío!—¡Contra nadie!

PED. ¡Margarita!...
—¡Y nadie acude!
MARG. Estando vos ¿qué importa!...
No me dejéis...
PED. ¿Dejarte... yo dejarte!...
Tú... tampoco, tampoco me abandonas...
Con acento humilde, suplicante, acongojado:
¡Gran Dios, no te la lleves!
MARG. ¡Jesús!
Cae y espira. Don Pedro se postra, la observa, la besa y exclama, descubriéndose:
PED. ¿Muerta!...
¡Margarita... soy yo!... ¡Misericordia!...
Muerta... no está... Cuando espiró mi padre
lo conocí al momento... Fué otra cosa...
Y es que... ¡quiero que vivas!... Y allá arriba
no quieren... ¡Que egoísmo el de la gloria!
Y así se van los ángeles, sonriendo...
¡Cruel!
UNA VOZ *De entre el tumulto y griteria de afuera: muy claro.*
¡Baleares por Castilla!
PED. *Arrebatado de ira:* —¿Eh!...
Con abatimiento: ¡Todas!...
Y Aragón y... Pero ella... ¡aquí se queda!...
Y es mía... ¿A ver?...
Desafiando al cielo: —¡Ni tú!—¿Quién me la roba!...
La abraza y besa con frenesí al tiempo que aparecen, Mari en lo alto del muro del foro, animando á Guillén y los suyos que lo escalan; Jimeno en la escalera del foro con marineros que le siguen, y por la puerta de entrada soldados y Jérica que intenta abalanzarse contra los del foro y se detiene horrorizado ante el grupo de Don Pedro y Margarita.

TELÓN

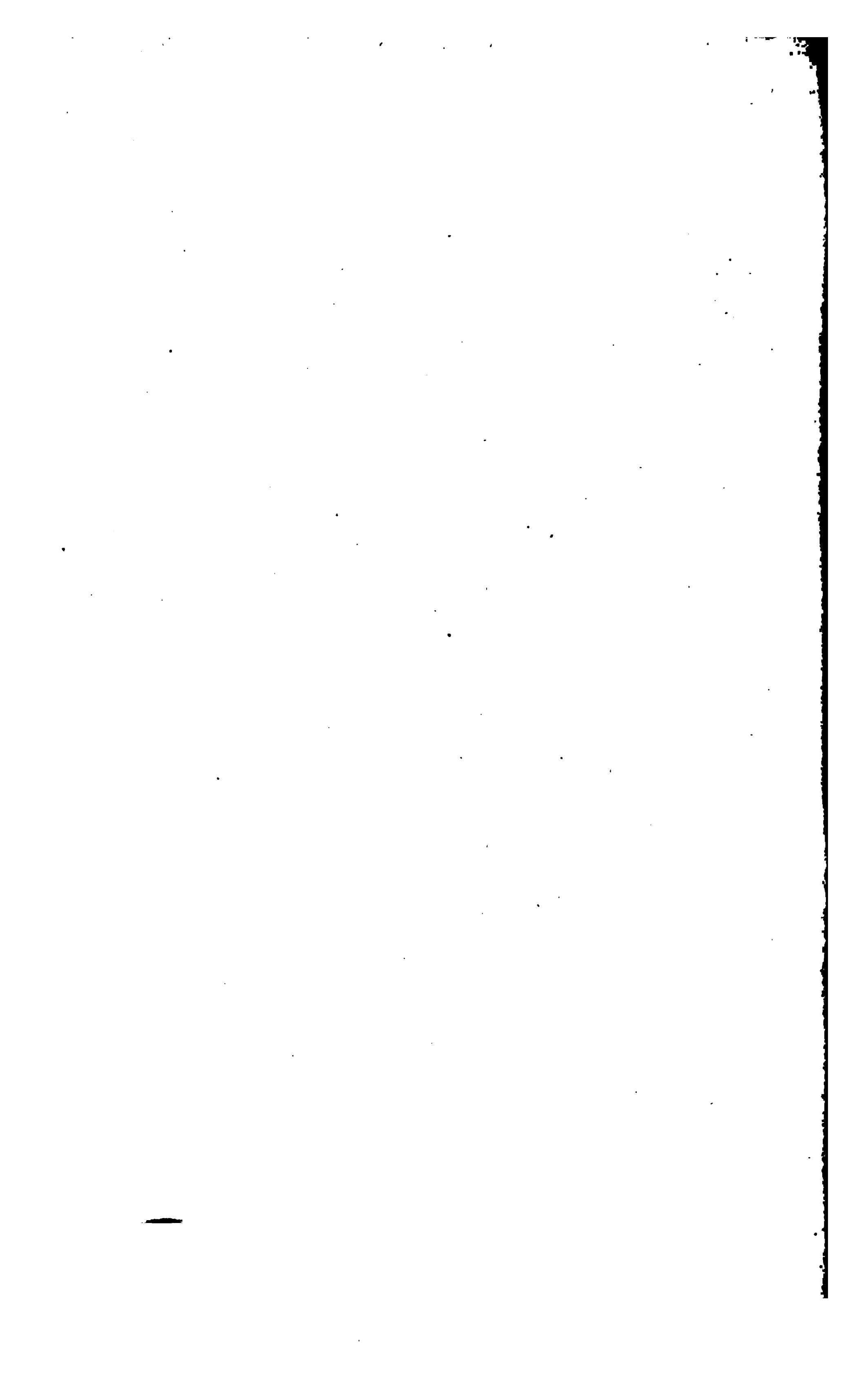
MÚSICA PARA LA ESCEN

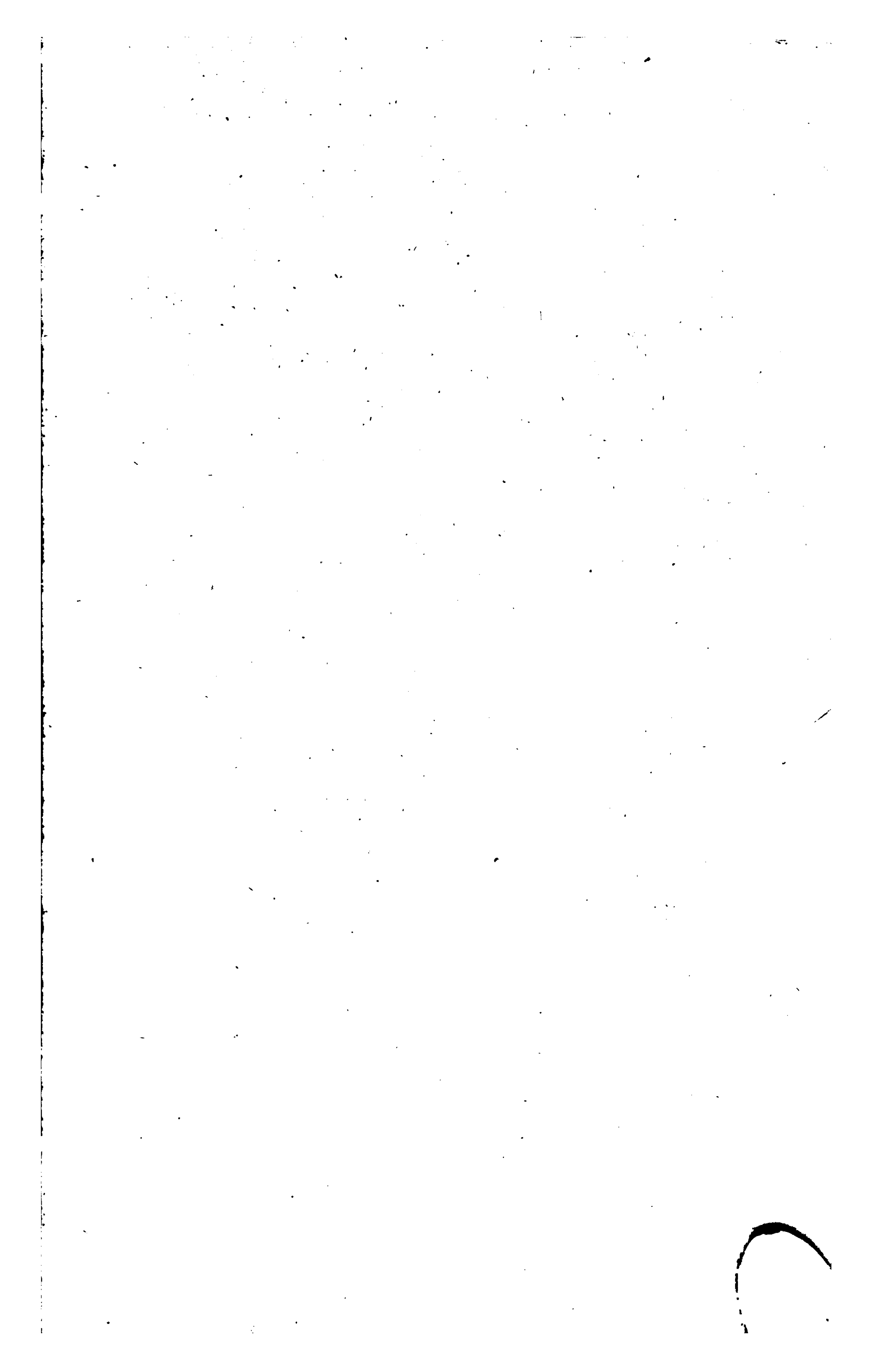


IV DEL ACTO PRIMERO

(Colección de cantos populares mallorquines de A. Noguera.)







EL TEATRO

GALERÍA DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.-MADRID: POZAS, 2-2.º

PUNTOS DE VENTA

Las librerías de Palma de Mallorca.

MADRID

Librería de Viuda é Hijos de Cuesta, calle de Carretas núm. 9 y en la de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo núm. 2.

PROVINCIAS

Corresponsales de la Galería EL TEATRO.



This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.